

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

CADAVER REPETIDO

CURTIS GARLAND



COLECCION

PUNTO ROJO



**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.312. — Sabotaje en Oriente Medio.

En Colección PUNTO ROJO:

703 — ¡No te temo, calavera!

En Colección LA HUELLA:

68. — El miedo tiene ojos.

CURTIS GARLAND

CADAVER REPETIDO

Colección PUNTO ROJO n.º 723
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

ISBN 84-02-02520-X

Depósito legal: B. 545 - 1976

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: marzo, 1976

© Curtis Garland - 1976

Editorial Bruguera, S. A. Barcelona (España)
texto

© Miguel García - 1976

cubierta

**Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)**

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1976**

PRIMERA PARTE
CAPÍTULO PRIMERO

—Tienes visita, Slade.

Levanté la cabeza. Por un momento, pensé haber oído mal.

—¿Es a mí? —preguntó—. ¿Has dicho... una visita?

—Sí, eso dije —afirmó el celador, haciendo chirriar la llave en la cerradura. Luego, pulsó el resorte electrónico y la puerta de la celda se deslizó, con un suave zumbido—. ¿Es que te has vuelto sordo últimamente?

—Y mudo. Y ciego —rezongué, encogiéndome de hombros. Luego sacudí la cabeza—. No espero visitas. Nadie se acuerda de mí. Ni siquiera mi abogado. Como es de oficio, y no espera cobrar un centavo por mi defensa, me ha dejado abandonado a mi suerte.

—De todos modos, tienes visita. ¿Vas a salir o no?

—Claro. No se pueden desaprovechar las ocasiones. Tal vez sea Papá Noel, que viene a ofrecerme la libertad, y un saco de millones.

—La Navidad está cerca —gruñó el carcelero—. Pero eso no da motivo para esperar demasiado de ella... Yo que tú, Slade, no me haría ilusiones. Hace años que empecé a dudar de si, realmente, existía Papá Noel.

—Eso que me llevas de ventaja. Yo no me lo creí nunca...

Salí de la celda. Caminé tras el celador, hasta que dos funcionarios me tomaron para conducirme a la sala de comunicación de la penitenciaría. Me preocupaba quién podía ser mi visitante. Pero no encontraba una respuesta fácil. No tenía amigos. Ni nadie capaz de acordarse de que un tipo llamado Ryan Slade, junior, reposaba sus huesos en una celda de la penitenciaría del Estado de California, en prisión preventiva, con fianza. Pero como si no. ¿Quién podía imaginarse a un tipo como Ryan Slade, en posesión de veinticinco mil dólares para fianza, y cincuenta mil de responsabilidades subsidiarias,

mediante cuyas sumas podría obtenerse la libertad condicional a la espera del juicio correspondiente? Eso, además de los doscientos cincuenta mil dólares que, en concepto de indemnización, reclamaba legalmente mi denunciante, el casi todopoderoso Douglas Lynne, Comisionado de la ciudad de San Francisco, futuro senador por California, y principal accionista de la Western Building Co, la más grande inmobiliaria de todo el Estado californiano.

En fin, no podía salir provisionalmente a la calle. Ni soñar siquiera con que algún día próximo pudiera hacerlo, libre de cargos, a menos que pudiese demostrar que Douglas Lynne no tenía razón, y sus acusaciones eran falsas. Cosa virtualmente imposible, y más aún, permaneciendo encerrado entre aquellos malditos muros.

Apenas entré en la cabina de comunicaciones de la prisión, descubrí a mi visitante. Y me llevé la primera gran sorpresa de la semana. Quizás porque, en todos aquellos días, no tuve ninguna otra. Ya había bastado con las que se acumularon anteriormente, en otras fechas no muy lejanas, y que me condujeron directamente a aquella situación.

—¡Wendy! — exclamé.

Ella me contempló fijamente, con ojos muy abiertos, a través de la reja y el vidrio irrompible, con sistema acústico para las conversaciones.

—Hola, jefe —me contestó ella apaciblemente.

Jefe... Todavía me llamaba así. A pesar de que hacía casi un mes que no cobraba su salario ni trabajaba para mí, Wendy parecía seguir siendo leal, a pesar de todo. Leal a mí. Leal a su antiguo empleo y sus anteriores obligaciones con Ryan Slade, Jr. Private Investigations.

—Tiene diez minutos —me recordó el funcionario, señalándome un reloj electrónico mural—. Es el reglamento, Slade.

Asentí. Ya sabía eso. Formaba parte de la rutina penal. Me senté frente a Wendy Lang. Pero separado de ella por un muro invisible y sólido, que sólo podía derrumbarse con cientos de miles de dólares. En el momento de ser detenido, todo mi capital en el Banco se reducía a ciento veintiocho dólares. Y otros cuarenta y dos dólares, en mi bolsillo, completaban mis posibilidades económicas.

Ahora, ni siquiera tenía eso. El Estado de California se había hecho cargo de mis bienes. Y entre ellos, se contaba ese miserable dinero, el mobiliario de mi oficina y mis escasos bienes del apartamento de Pacific Avenue, incluido el magnetófono profesional, el televisor portátil, en color, y mi pequeña biblioteca. En suma: todo cuanto yo poseía.

—Es toda una sorpresa —dije, por decir algo.

—Sí, lo suponía —asintió Wendy, con una leve sonrisa—. Ya me han dicho que sólo vino su abogado a verle...

—¡Mi abogado! —mascullé—. Ese picapleitos indecente... No me

hables de él, muchacha... Lo mandé a freír espárragos. Defendiéndome él, supe que acabaría en la cámara de gas o poco menos, aunque mi delito fuera solamente hurtar diez dólares. ¡Vaya tipo! Si todos los abogados elegidos de oficio son así...

—Acostumbran a serlo —suspiró ella—. Solamente quien dispone de dinero para un buen abogado, tiene alguna esperanza de salir rápidamente de apuros...

—Pues sí que vienes optimista hoy —sacudí la cabeza—. ¿Es todo lo que viniste a decirme?

—No, jefe. Lo siento —bajó la mirada—. Ya sabrá que precintaron la oficina, tras hacer un inventario de muebles y enseres... lo mismo que su apartamento...

—Claro que lo sé. Es la última y maldita noticia que me facilitó, amablemente, ese cochino picapleitos a quien envié al diablo... Creo que ahora no tengo abogado, aunque nombrarán otro parecido, para meterme aquí por veinte años.

—Douglas Lynne se ha puesto duro. Sus abogados exigen demasiado. Saben que pueden hacerlo, y ese cerdo quiere retorcer bien las tuercas sobre usted. No le perdona lo que quiso hacerle, durante el “caso Whitby” ...

—El “caso Whitby” ... —murmuré, apretando los labios—. Dios, si hubiese sido posible... Yo sabía que Lynne era culpable, en parte, de ese asesinato y esa complicidad y encubrimiento en un doble crimen... Pero mi error estuvo en precipitarme. No pude probar lo que decía, porque el único testigo murió, víctima de un sospechoso accidente, en el que estoy seguro que Lynne intervino de algún modo, con sus malditos “ogros”, sus guardaespaldas contratados a la Mafia...

—Por favor, jefe, sé todo eso —me interrumpió suavemente Wendy—. Lo sé muy bien. Yo también esperaba que usted ganaría esa partida. Pero es malo meterse con gente como Lynne. Ellos siempre triunfan. La política es algo sucio y podrido. Los políticos compran y venden conciencias. Y el hombre honrado que pretende desenmascararles, termina en prisión. Ocurre en todas partes.

Si pudiera salir alguna vez de aquí... —murmuré, furioso.

—Va a pasar algún tiempo para eso, jefe —me advirtió ella—. He oído rumores. Piden para usted quince años de prisión. Puede que, con suerte, se queden en diez. Y con buena conducta, reducciones de pena y todo eso, en siete años quizás esté de nuevo en la calle... arruinado y sin poder ejercer como detective privado otra vez.

—Ya dije que hoy venías optimista, muchacha —la miré, ofendido—. ¿No hay ninguna buena noticia para endulzar tu visita?

—Sólo una —dijo, pestañeando al mirarme.

—¿Cuál?

—Yo no voy a reclamar los sueldos atrasados, jefe. Ni siquiera los

gastos personales, durante el “caso Whitby” ...

—Muy generosa. Dios te lo premie, Wendy.

—No sea sarcástico, jefe —me miró, dolorida—. Sepa que estoy a su lado. Ando buscando un abogado amigo, que no sea de oficio. Un favor particular, ya sabe, alguien que pueda defenderle, con ciertas garantías, contra Lynne y su implacable máquina legalista...

—Perdona —respiré hondo—. No debí hablar así. Eres una gran chica. Lo mejor de todo es que hayas venido a verme. Estos minutos serán un alivio para mí. Gracias, Wendy.

—Espere aún —ella se inclinó hacia mí—. El otro día, tuve una visita en casa.

—¿Una visita?

—Sí. Un hombre. Me dejó su tarjeta. No sabía quién era, entonces. Luego he sabido que se trataba de alguien muy importante.

—¿Quién era?

—Esta es su tarjeta —me mostró algo, a través del vidrio, sacándolo de su bolso. Una tarjeta en cartulina apergaminada, impresa en relieve. Leí a través del vidrio de separación, sin dificultad alguna—: “Eric Corman. Abogado”.

—¡Cuidado! —avisó el funcionario, secamente, acercándose a la cabina—. No muestre nada al preso, señorita, o deberé suspender la comunicación. Está prohibido.

—Perdone —guardó con rapidez la tarjeta en su monedero—. Era el nombre de un abogado...

—Sea lo que sea, no repita eso —cortó el hombre de la penitenciaría. Dirigió una mirada al reloj mural—. Les quedan sólo tres minutos, recuerden.

Volvimos a quedarnos silenciosos unos momentos. Pero los minutos volaban. Traté de ganar tiempo con celeridad.

—¿Quién es ese hombre? —pregunté—. Su nombre me suena...

—Es el mejor abogado del país. Uno de los mejores del continente. Tiene fama mundial. Pero sólo trabaja para millonarios. Su minuto es de cientos de dólares.

—Ahora recuerdo: Eric Corman... Trabajó para Onassis, para el Rey Faruk, para Howard Hughes... y creo que hasta para el grupo Rockefeller. ¿Qué diablos podía querer de ti un tipo de ese nivel?

—¿Por... mí? —se me erizaron los cabellos—. Cielos, si actúa para Lynne, me meterá para toda la vida en prisión.

—Me dio su palabra de que no era ése el caso. No actúa para Lynne. Ni para su grupo.

—Entonces... ¿para quién?

—Lo ignoro. Hizo algunas anotaciones, me dio cortésmente las gracias, y me dijo que sabría pronto de él. Y usted, también. Luego... luego añadió que debía venir a visitarle. Y contarle todo esto.

—¿Por qué, Wendy?

—Terminó diciendo que, si usted era tan buen detective como se creía, tendría que averiguarlo por sí mismo. Pero que él era algo así como... como “el toque de Midas”. Y se fue, sin poner las cosas más en claro.

Me quedé pensativo. Traté de recordar el viejo cuento infantil, el mito legendario del rey que convertía en oro todo cuanto tocaba.

—Midas... —repetí—. El toque de Midas...

—Eso es lo que él dijo. ¿Le aclara algo, jefe?

—Lamento defraudarte, preciosa. Tu jefe no es tan buen detective como se cree —gemí—. A menos que tú y yo nos convirtamos en estatuas de oro... no le veo otro sentido a esa visita... no a las palabras que pronunció. Y, la verdad, no acabo de ver claro qué significará un detective de oro... con una bonita secretaria también de oro...

Reí entre dientes. Ella sonrió, mirándome, esperanzada.

—Gracias, jefe —dijo—. Gracias por eso de... “bonita”.

—Es la verdad —suspiré—. Wendy, quisiera que...

—Lo siento —avisó el celador, acercándose a mí—. Es la hora. Despídase de su novia, y termine con esto. Pasó el tiempo, Slade.

—No es mi novia —repliqué—. Sólo mi secretaria...

—Empiezo a entender por qué está aquí, entonces —me reprochó el funcionario—. Es usted un tonto, Slade. Sólo un tonto tendría una secretaria así sin hacerse novio de ella.

Miré de soslayo a Wendy. Ella enrojeció. Sonreí, sacudiendo la cabeza.

—Creo que tiene razón —admití—. Pero ya es tarde para rectificar. Adiós, Wendy. Gracias por todo...

—Adiós, jefe —respiró hondo ella—. Y tenga esperanzas...

—Es lo único que me queda —dije, alejándome de la cabina de comunicación, de donde también Wendy Lang empezaba a salir, lenta y cansadamente.

Poco después, estaba de regreso a mi celda. Ratón Wilby levantó su cabeza medio rapada por encima de su litera alta. Me miró, desde su rostro conejil, de hocico alargado y pequeños ojos astutos, negros y fríos que, sin duda, le dieran su apodo de Ratón, unido a su astucia y rapidez para ejecutar los más complicados robos.

—Hola, hermano —me saludó—. ¿La familia bien?

—No tengo familia —rezongué.

—¿Quién era, entonces? ¿Un abogado, una novia o un amigo?

—Nada de eso. Una secretaria —gruñí, tirándome en la litera inferior, malhumorado.

—¿Tienes secretaria, incluso estando aquí dentro? —se maravilló Ratón Wilby.

—La tuve. Cuando era un ser humano.
—Vaya, eso es ofensivo. ¿Qué crees que somos ahora?
—¿Lo sabes tú?
—No —convino finalmente, tirándose en su lecho con disgusto—. Oye, eres ideal para levantarle a uno la moral, Slade.

—Pide que te cambien de celda. Creo que ha entrado uno nuevo, un tipo simpático y risueño. Ocupa la celda doscientos doce. Lo malo es que mató a siete tipos en dos meses... Y todos ellos eran ladronzuelos del Barrio Latino...

—Muy gracioso —oí rezongar entre dientes a mi compañero de celda, y eso me hizo reír—. Algún día, estaremos libres los dos. Me gustaría retorcerte el cuello, por tus bromas.

—No eres mal chico —reí—. Estoy seguro de que, fuera de este antro, hasta seríamos buenos amigos. Si yo estuviera libre, y tuviese dinero..., creo que pagaría tu fianza y un buen abogado, para sacarte de aquí y hacerte ayudante mío. Serías un auxiliar muy útil, en ciertos casos.

—Si eso es una broma, entonces sí que juro que te haré un torniquete en el cuello y...

—Tienes mi palabra —dije—. Si eso fuera posible, lo haría. Pero lo malo es que hablo de un simple milagro y... lo milagros no existen. Ni siquiera en vísperas de Navidad, Wilby.

—No digas eso, Slade. Yo tengo fe. Aún creo en el Señor. Y en los milagros.

No me digné contestarle. Pensé que no valía la pena.

Ahora, muy distante ya de esos momentos, me pregunto por qué no tuve yo fe también. Porque lo cierto es que llegó Papá Noel. Con su milagro en el saco.

Y eso sucedía justamente el veintitrés de diciembre. Casi en Navidad...

CAPÍTULO II

—¿Visita? ¿Otra vez? —me incorporé en la litera, incrédulo—. Cielos, ¿qué ocurre esta semana? ¿Ha empezado a recordar la gente que existe un tipo llamado Ryan Slade?

—Es posible —convino el celador, abriendo la puerta de la celda, ante la mirada curiosa y expectante de Ratón Wilby—. Esta vez no es ninguna chica bonita, no te hagas ilusiones.

—De modo que no es Wendy... —sentí un repentino desaliento—. Oh, seguro que es el nuevo abogado... El picapleitos de turno... ¿Por

qué no se va al diablo, y me dejan soportar en paz los años que debo pasar aquí?

—No entiendo de esas cosas, Slade. Tienes que salir. La entrevista no es, esta vez, en la sala de comunicaciones... sino en la propia oficina personal del alcaide.

—¿El alcaide? —pegué un respingo—. ¿Por qué eso?

—Ya te dije que no sé nada. Pero puede ser importante, si te autorizan a ir allí. Desde luego, sí creo que se trata de un abogado. ¿Vas a salir de una vez, o tendré que llevarte a la fuerza? La orden de que acudas proviene del propio alcaide.

—Está bien, está bien —suspiré, poniéndome en pie con pereza—. Vamos allá. Tal vez me vayan a entregar los regalos de Navidad y los Christmas llegados en estos días...

—Tú siempre tan gracioso —murmuró el celador, escoltándome corredor adelante—. Yo hace años que dejé de esperar regalos de Navidad. Y eso que no soy un recluso...

No contesté nada. Caminamos hasta las oficinas administrativas de la prisión. Pasé directamente a presencia del alcaide. Lo encontré reunido con un hombre alto, enjuto, de cabello canoso, ojos grises y fríos, impecablemente vestido, y provisto de un maletín de ejecutivo, en cuero negro.

El alcaide, hombre obeso y saludable, se incorporó con los formulismos habituales en la penitenciaría. Ambos hombres se habían puesto en pie simultáneamente, igual que si yo fuese alguien importante.

—Buenas tardes, Slade —me saludó el alcaide, cordialmente—. Me es muy grato recibirle aquí, en estos momentos. Mi trabajo tiene muchas facetas ingratas, pero también otras agradables. En su caso, me place que sea una de esas raras ocasiones.

—Creo que no entiendo una palabra —confesé secamente, mirando a uno y a otro.

—Lo entenderá enseguida —terció el visitante del alcaide—. Mi nombre es Eric Corman. Soy abogado, señor Slade.

—Eric Corman... —repetí—. Sí, le recuerdo. Wendy Lang me habló de usted.

—Exacto —sonrió el hombre canoso—. La señorita Lang no sabía mucho sobre mí, pero le pedí que le hablase de mí a usted, señor Slade.

—Y lo hizo. Sólo que no entendí muy bien.

—¿No es usted un brillante detective privado? —clavó sus ojos agudos en mí.

—Soy detective, sí. Pero dudo de que sea brillante, señor Corman. Se me ha ocurrido que un toque de Midas significa oro puro. Pero eso no tiene sentido.

—¿Cree que no? —el gesto de Corman se tornó irónico.
—¿Lo tiene? —quise saber, clavando mi mirada en la suya.
—Es usted quien debe aclarar la charada. Tiene su sentido. ¿Cuál le daría usted?

—Uno completamente ilógico. Por eso no quiero pensar en él.
—Piense, por favor —me alentó el abogado más famoso del país. Y de muchos países. ¿Qué se le ha ocurrido?

—Si usted posee la facultad de Midas, significa que su presencia aquí me convertiría en un hombre de oro. Y que Wendy Lang sería la secretaria de oro de un detective dorado. Eso, como ve, no tiene sentido alguno.

—Pues lo tiene, Slade —era el alcaide quien hablaba—. Ahora mismo... es usted un ser bañado en oro puro. Quizá el primer detective multimillonario de la historia.

—Que soy... ¿qué? —quise saber.

—Vayamos por partes, Slade —suspiró Eric Corman—. He abonado, en nombre suyo, los veinticinco mil dólares de fianza, los cincuenta mil de responsabilidad civil subsidiaria..., y los abogados de Douglas Lynne han tenido que aceptar forzosamente los doscientos cincuenta mil dólares de indemnización, exigidos por documento legar, para retirar sus cargos contra usted y anular el procedimiento judicial.

—Eso... eso no puede ser...

—Lo es, Slade. Legalmente, es usted libre —me dijo el alcaide—. Libre de cargos, y sin la sombra de un procesamiento encima. El señor Corman tiene ya todos los documentos al efecto, y puede irse usted con él cuando lo desee.

—Cielos... —me dejé caer en un asiento, virtualmente petrificado—. Pero he oído algo de... de multimillonario...

—Usted lo es —sonrió Corman, apaciblemente—. Amigo Slade, le informo oficialmente de que es, en la actualidad, dueño legítimo de una suma de cien millones de dólares en efectivo, y propiedades por valor de otros veinte millones, poco más o menos...

* * *

—Ciento veinte millones...

—Aproximadamente, sí. Unos ciento veinte, incluida la fortuna personal, una vez hechos los correspondientes descuentos de impuestos fiscales, y la tierra, fincas, yate, avioneta, helicóptero privado y todo lo demás.

—Tierras, fincas, yate, avioneta, helicóptero... ¿Todo eso es... es mío?

—Suyo, Slade. Totalmente suyo.

No sé si respiraba. No sé si latía mi corazón. Era como flotar en una

nueva dimensión. Como vivir un sueño absurdo. Un sueño de millones. De imposibles. De disparates.

—Cien millones de dólares... —susurré, cerrando los ojos.

—Quizá más. Hemos de hacer un balance minucioso. Acabo de extender un pago al Gobierno por la suma de setenta millones de dólares. Son los impuestos sobre las herencias cuyos beneficiarios no son familia directa ni indirecta del fallecido.

—Pero... ¿por qué yo? —murmuré—. ¿Por qué precisamente yo?

—Es una larga historia —suspiró Corman, echándose atrás en el asiento del lujosísimo “Rolls Royce” que nos llevaba desde San Quintín a San Francisco de California, por una carretera asfaltada, amplia, soleada a ráfagas, cuando los nublados grisáceos de aquel turbio día de diciembre permitían pasar los dorados rayos entre sus jirones—. Demasiado larga para exponerla ahora por completo. Debe estar confuso, Slade. Aturdido, cansado. Necesita reposo. Al menos, dos o tres días de descanso absoluto. Por eso le lleva ahora a San Mateo.

—¿Por qué San Mateo?

—Allí está su mejor finca, Slade. La que vale tres millones de dólares.

—¡Tres millones! —desorbité los ojos—. ¿Una sola propiedad?

—Sí —rió entre dientes—. Tiene un bellissimo jardín japonés, tres piscinas, un parque propio, el más amplio y perfecto gimnasio subterráneo que pueda imaginarse, alumbrado por placas solares de reflejo, realmente ingeniosas. También tiene un pequeño helipuerto para los helicópteros, y garaje para cinco automóviles: dos “Aston Martin” ingleses, un “Rolls”, un “Cadillac” y un “Land Rover”. Uno de los “Aston” es deportivo, color plata. El otro, un turismo de gran lujo, color mostaza.

—Dios... —me golpeé la frente, resoplando—. Cuando despierte de todo esto, no me lo diga. Será demasiado cruel.

—No hay despertar, Slade. No es un sueño.

—Estas cosas sólo sucedían en La mil y una noches —gemí—. Pero yo no tengo lámpara de Aladino. Ni alfombra mágica, Corman.

—No. Pero tiene la más fabulosa herencia jamás soñada. Eso no es un cuento oriental.

—Hace una hora, yo era un miserable recluso, condenado a vivir más de diez años entre rejas, sin un solo dólar... Mi oficina estaba clausurada, mis escasos bienes, embargados, mi vivienda y mi libertad, condicionadas a una suma ingente de miles de dólares que jamás podía poseer. No tengo familia rica. No poseo parientes millonarios en ninguna parte. Y, de repente, aparece usted. Usted... y un sueño de oro puro.

—El cuento del rey Midas —rió el gran abogado—. Sólo que esta vez

no es un cuento. La mano de Midas le tocó, Slade, sin saberlo usted ni remotamente.

—La mano de un hombre fabulosamente rico... —susurré.

—Eso es —movió la cabeza afirmativamente, dirigiéndome una mirada de soslayo—. El hombre más rico de California: Randolph Talbot.

—Randolph Talbot... —repetí—. Conocido en todo el país como... “Míster Midas”.

—Míster Midas. Nunca un nombre fue mayor aplicado. Cuanto tocó Talbot en su vida se convirtió en oro. El total de su fortuna se calcula en más de doscientos millones de dólares. Pero usted no era nada suyo. No siquiera pariente. Por tanto, el Gobierno se lleva la tajada gorda del asunto. Pese a todo, más de cien millones son suyos. Y las propiedades están inscritas a su nombre, precisamente, antes de morir Talbot. Eso significa que no debe pagar por ellas contribución alguna al Fisco, salvo las que luego procedan, como su legítimo propietario. Talbot lo hizo todo muy bien, anticipándose a su propia muerte.

—Leí algo sobre la enfermedad incurable de Talbot —asentí—. Cáncer, ¿no?

—En efecto. Un tumor maligno. No había remedio. Por eso tomó sus medidas. Daba escalofríos ver su serenidad y entereza para disponerlo todo, antes de su muerte. Incluso su mausoleo en el cementerio de San Carlos... Un panteón digno de reyes. Creo que Talbot siempre tuvo algo de faraónico. Como todo el que prepara minuciosamente una tumba de fábula para su eterno reposo...

Medité en silencio, mientras el chófer de Corman no llevaba, en aquel fastuoso “Rolls Royce” plateado, que ahora era mío, rumbo a una propiedad de ensueño, también legada a mi nombre por un multimillonario a quien jamás conocí.

Era como flotar sobre la carretera, en una auténtica alfombra voladora, digna de los tiempos de Harún—Al—Raschid, en Bagdad. Hundí mis manos en el muelle acolchado de los brazos del asiento tapizado de granate, con cierta fruición casi embriagadora.

—Sigo preguntándome lo mismo, Corman —susurré—. ¿Por qué?

También el gran abogado mantuvo su silencio un largo rato. Era como si diera vueltas al asunto, sin saber qué respuesta exacta dar a mi interrogatorio. Por fin, tras una pausa prolongada, le oí hablar con tono inexpresivo:

—Le explicaré todo eso más adelante, Slade. Ya le dije que es mejor que descansen estos días. Pasadas las fiestas navideñas, hablaremos ampliamente de todo. Y podrá empezar a trabajar.

—¿Trabajar? —parpadeé—. ¿Con cien millones de dólares?

—Exacto —rió de buena gana—. Todo tiene su precio. En este caso, usted ha obtenido la paga más fantástica que jamás pudo soñar

detective alguno. No sé si darle las gracias a la memoria de su padre, Ryan Slade senior, o a sí mismo. Eso es algo que Talbot jamás me reveló. Pero dejó escrito un documento para su heredero, que usted deberá leer cuando esté dispuesto al trabajo que Talbot exigió de usted, a cambio de su inmensa fortuna.

—Voy entendiendo. Quería un detective privado. Pensó que yo era el mejor. Y puso su propio precio...

—Algo así —convino Corman, risueño—. Él sabía que usted estaba encarcelado. Lo dispuso todo para que fuese libre y pudiera reintegrarse a su profesión. Pero en condiciones muy diferentes a las que tuvo hasta ahora.

—Y todo eso, ¿para qué? ¿Qué esperaba él que pudiera hacer yo, en beneficio de un hombre que ya ha muerto?

—Le anticiparé algo, Slade, aunque el resto lo hablemos detalladamente más adelante —resopló el abogado, entornando sus ojos astutos—. Tiene que descubrir quién mató al hijo único de Randolph Talbot. Y también encontrar a un hombre llamado Franklyn Forrester...

—¡Franklyn Forrester! —me erguí, asombrado, con un rápido parpadeo—. ¡F.F.! Pero... pero ese hombre ya formó parte de un caso investigado por mi padre. Su último caso, Corman... Mi padre murió en accidente, mientras investigaba el paradero de Franklyn Forrester, el magnate del cine, de la industria y de las finanzas... ¡Pero F.F. estaba muerto! Poco después de morir mi padre, fue encontrado su cadáver...

—Lo sé, Slade. De eso hace ya siete años. Pero Randolph Talbot tenía una idea distinta sobre ciertas cosas... Él... él pensaba que Franklyn Forrester continuaba con vida. Que su hijo fue víctima de un crimen, seleccionado de alguna forma con F.F... Y no quiso morir sin dejar a alguien encargado del caso. Es decir: a usted, Slade.

* * *

Fueron los dos primeros talones bancarios que firmé contra una de mis fabulosas cuentas corrientes, como heredero legítimo de Randolph Talbot, "Míster Midas".

Un talón diez por diez mil dólares, para levantar el embargo de mi vieja oficina de Van Nees Avenue. Y para pagar atrasos a mi secretaria, Wendy Lang. Lo remití, junto con un telegrama, reclamando urgentemente a Wendy en San Mateo, en la propiedad El Rincón donde me hallaba ahora.

El segundo talón bancario fue para el despacho legal de Eric Corman. Debían pagar con aquel dinero la fianza y responsabilidad civil de un tal Joseph Wilby, más conocido en el hampa de San Francisco como Ratón Wilby. Compañero mío de celda, ladrón de profesión y condenado a permanecer en prisión por mucho tiempo si

alguien no pagaba su fianza, sus responsabilidades, multas y todo lo demás. Una cifra de veintidós mil dólares. Cifra que jamás Ratón Wilby hubiera podido reunir para ganar su libertad.

Con eso cumplía una promesa en que él ya ni siquiera pensaría. Cuando le concedieran la libertad, un pasante de Corman estaría esperándole, al volante de uno de mis “Aston Martin”, para traerlo directamente a El Rincón, mi fantástica finca de San Mateo County.

Tras resolver esos dos asuntos, me sentí más aliviado. Caminé hacia la piscina más amplia y hermosa de toda la vasta finca, desprendiéndome de mi camisa y pantalón. Poco después, braceaba enérgicamente en las aguas templadas de un azul casi irreal, de la gran piscina rodeada de baldosines de colores, parasoles y setos con palmeras.

Súbitamente, el agua hirvió a mi alrededor.

Sentí un mordisco ardiente en mi carne, y algo rojo y espeso brotó, casi simultáneamente, a causa de la tibieza del agua, desparramándose en torno mío, como si me hubiera mordido un tiburón, o alguien hubiese arrojado mortíferas pirañas casi invisibles a mi piletta.

Sangre.

Tardé un segundo en comprender que estaba herido. Y en darme cuenta de que lo que hacía hervir la superficie del agua eran balas de rifle, potentes y certeras.

Me sumergí a tiempo. Tras mi inmersión al fondo de la límpida piscina, dejando sobre mí una especie de torbellino de sangre, más proyectiles zumbaron, rasgando las aguas allí donde mi cabeza estaba un momento antes.

CAPÍTULO III

Corman me miró preocupado. Tabaleaba con cierto nerviosismo sobre el brazo del confortable sillón rojo de mi despacho. Del que fuera despacho suntuoso de Randolph Talbot, en vida de mi benefactor.

—¿Cree que es obrar con buen juicio? —quiso saber, ceñudo.

—No quiero todavía un mausoleo hermoso y un ataúd con incrustaciones de oro, Corman —gruñí—. Para eso, me hubiera quedado en la penitenciaría, comiendo rancho, pero con excelente salud, y sin riesgo de verme convertido en una criba.

Él no dijo nada, de momento. El médico terminaba el vendaje de mi brazo izquierdo, a la altura del bíceps. La bala yacía, aplastada, sobre un paño, encima de la mesa. La contemplé, pensativo. Tenía suficiente experiencia sobre proyectiles para identificarla a primera vista, aun sin más minucioso examen. Era una bala calibre 4, de rifle. Disparada seguramente con teleobjetivo, ya que no me había sido posible descubrir al oculto tirador.

—Tendré que informar de esto a la policía —dijo el doctor, con gesto severo—. Aunque fuese accidental, como usted dijo, señor Slade, mi deber me obliga a tal medida.

—Hágalo —asentí—. Usted sabe, igual que yo, que estas cosas no se producen por accidente, doctor. Pero no me gusta la publicidad.

—No tiene por qué haberla. El *marshall* Jesse Thorpe, de San Mateo County, es un hombre comprensivo y discreto. Le hará una visita y tratará de ayudarle, eso es todo.

—Está bien, gracias. Si me sintiera peor, le llamaría de nuevo.

—No creo que sea preciso, hasta pasados tres o cuatro días —el médico, dignamente, recogió sus útiles—. Bien, señor Slade. Pasaré por entonces, si no me necesita antes. Buenas noches.

Se ausentó el médico, acompañado por uno de los sirvientes que habían permanecido cuidando de la propiedad de Talbot hasta hacerme yo dueño de ella. Corman y yo cambiamos una mirada. Le vi sacudir la cabeza de un lado a otro.

—Sigo pensando que exagera, Slade —confesó.

—¿Usted lo piensa? —reí entre dientes—. Vaya a la piscina. Hay al menos doce balas hundidas en el agua. Todas ellas pudieron haber terminado en mi cuerpo.

—¿Cree que pretendías matarle a usted y no a Talbot?

—Corman, usted no puede creer eso. Talbot era lo bastante importante para que toda América, y gran parte del mundo, conociera su muerte. Saben perfectamente que ya no existe. Por tanto, esas balas eran para mí.

—¿Por qué?

—Parece obvia la respuesta: soy el nuevo dueño de El Rincón. Pero soy, también, Ryan Slade junior, detective privado. Si alguien sabe que heredé esto, debe saber, sin duda, por qué lo heredé. Y ahí estamos. Ese alguien quiere eliminarme. Quizá usted pueda explicarme los motivos.

—¿Yo?

—Sí, Corman. Usted conoce la historia de Talbot. Y de su hijo asesinado. Y de un hombre inmensamente rico también, Franklyn Forrester, que murió hace siete años. A quien, sin embargo, busca Talbot, incluso más allá de la muerte... Se me facilita una herencia fabulosa para que me haga cargo del caso. Y apenas llego aquí, tratan de acribillarme a tiros. ¿Aún encuentra usted mal que yo busque la clase de gente que considero idónea para protegerme, así como instalar los métodos adecuados para mantener lejos de aquí a todo posible enemigo?

—No, no es eso, Slade. Pero... pero electrificar las vallas de El Rincón, situar panteras en los jardines durante la noche y alquilar un puñado de pistoleros para guardia personal de este lugar me parece demasiado. También creo que confiar en un tipo como Ratón Wilby no es aconsejable. Sólo le falta echar pirañas en las piscinas, cada vez que se vaya a dormir.

—No sería mala idea —reí, divertido—. Pero, de momento, es todo lo que haremos aquí. Tenga en cuenta que un oscuro detective, en una triste oficina de la ciudad, apenas sí necesita protección. Pero un investigador de oro, con millones en su cuenta, es otra cosa. Esta es ahora mi fortaleza. Y quiero que lo sea en todo el sentido de la palabra. Por cierto, Corman: también voy a hacer blindar el “Aston Martin” plateado, que mi coche favorito, así como el “Rolls Royce”.

—¡Cielos, no! —gimió mi abogado.

—Parece que me he metido en algo feo y oscuro —suspiré—. Algo que costó la vida al hijo de un multimillonario... y algo que le hizo dudar a este último de que un magnate como F.F. estuviera realmente muerto. Si el caso tiene la trascendencia que imagino, es posible que mi vida no valga un centavo, a la menor facilidad que conceda a mis asesinos para eliminarla...

Y esta vez, un Corman sombrío e inquieto, ni siquiera se decidió a llevarme la contraria.

Ratón Wilby contempló, estupefacto, el prado verde, bordeado de palmeras y setos, las piscinas azules, los senderos de baldosas, el jardín japonés, asomando entre templetes orientales miniatura, de laca roja y negra, y el edificio espléndido, de dos plantas, situado frente al parque a través del cual se llegaba a la salida de la alta verja, ahora electrificada por indicación mía. Lo vi resoplar, cayendo sentado en una hamaca.

—¡Increíble! —jadeó—. ¿Cómo se hacen cosas así, Slade?

—No me lo preguntes —reí—. Aún no lo he entendido yo mismo... Es demasiado, para que uno se adapte a ello enseguida. De la nada, al todo. Eso es lo que me ha ocurrido, Wilby. Pero te dije que, si había un milagro, tendrías tu pequeña parte. Y así ha sido.

—¿Pequeña? ¿Llamas “pequeña parte” a darme la libertad y un trabajo bien pagado?

—Lo demás dependerá de ti, Wilby. No tolero traiciones, ni raterías. Un error y te irás a la calle. Eso significaría volver más pronto o más tarde al penal. De ti depende que las cosas sean diferentes. Que vivas libre. Y con dinero. Y con la confianza de alguien depositada en ti.

—¿De veras..., de veras vas a creer en un tipo como Ratón? —musitó él, perplejo.

—Quiero creer en ti. Por eso estás aquí. Sé que no vas a defraudarme.

—Gracias, Slade —me pegó una palmada brusca en el pecho—. Gracias por todo. Sobre todo, por tener fe en mí. Procuraré no defraudarte. Palabra.

—Eso espero. Vas a ser el jefe de mis hombres.

—¿El jefe?

—Eso es: el jefe de un personal especializado en mi protección y en trabajar investigando para mí. Hasta hoy, he sido un detective solitario, luchando contra asuntos rutinarios y sórdidos. Tenía una miserable oficina, una secretaria y unos honorarios modestísimos. Esto ha cambiado. Ya puedes verlo, Wilby. Yo también debo caminar. Una legión de personas trabajará para mí en todas partes, con misiones específicas. Hombres, mujeres... no importa el sexo. En este lugar, se evitará toda intrusión peligrosa, que ponga en peligro nuestras vidas. Y por el momento, Ryan Slade junior no aceptará caso alguno. Un solo asunto ocupará mi tiempo. Una vez terminado, es posible que siga adelante con mi profesión, si eso es lo que esperaba realmente de mí Randolph Talbot, al nombrarme su heredero universal. Pero entonces, ya no serán cortos mis honorarios. Seré un detective sólo para millonarios.

—Cielos, Slade. Cuesta trabajo entender todo esto, aceptarlo como

real... —resopló Wilby—. De repente, te has convertido en una especie de hombre de oro.

—Sí. Un detective de oro —reí entre dientes—. Pero eso no cambia ciertas cosas, Wilby. Por ejemplo: mi cerebro, mi capacidad profesional... Sigo siendo el mismo. Y debo demostrarme a mí mismo, y probárselo al espíritu de un hombre que creyó en mí, que merecía esa herencia increíble que, oficialmente, lleva siete años muerto, Wilby.

—¿Cómo? —abrió enormemente sus ojos redondos y negros, pareciéndome más que nunca a un roedor.

—Es difícil de explicar, Wilby —sonreí—. Espera que llegue Wendy Lang, mi secretaria. Tiene anunciada su arribada a El Rincón para primera hora de esta noche. Cuando esté ella, os explicaré minuciosamente el asunto. Es demasiado complicado para molestarse dos veces en referirlo...

Un sirviente de la casa asomó discretamente en el jardín, con algo sobre una bandeja de plata. Se aproximó a mí, ceremonioso. Identifiqué el sobre amarillo de la Western Union. Era un telegrama.

—Para usted, señor —me dijo mi criado—. Es urgente.

Tomé el telegrama. Se alejó mi sirviente. Rasgué el sobre. Discretamente, Wilby se puso a mirar con aire distraído a las piscinas.

Leí el mensaje telegráfico. Me sentí sorprendido. E inquieto. Había motivos para ello:

“Estaré en breve ahí. Reclamo imperiosamente mis derechos. Su dinero es mío. Y tengo mis razones. Va a devolver hasta el último centavo.

Karin Talbot”.

Karin Talbot.

Una Talbot. Eso, sin duda, lo cambiaba todo. Todo.

Estrujé el telegrama entre mis dedos. Existía alguien llamado Talbot. Por tanto, había un heredero legal. Sentí que el oro sólido de Midas se hacía agua entre mis dedos, y se escapaba de ellos para siempre.

Alrededor mío, como un castillo de naipes, un impacto dorado se desplomaba en un solo instante, ante la lectura de la firma de aquel telegrama.

* * *

Wendy suspiró, apartándose de la ventana, desde donde se dominaba el helipuerto, en cuya plataforma se hallaba situado un

helicóptero amarillo y azul, con las siglas R. T., sustituidas ya por las de mi propio nombre. Su mirada se deslizó por toda la vasta extensión de la finca, hasta donde la delimitaban las altas vallas, ahora electrificadas.

—Es como un sueño —dijo—. Estas cosas no suceden en la vida real, jefe.

—Lo sé —asentí—. Todavía me pregunto si, realmente va a suceder.

—¿Por qué dice eso? Ya todo es suyo, ¿no es cierto?

—Wendy, un hombre me legó todo esto. Me pertenece, respetando su última voluntad. Pero yo sé lo que son cierta clase de testamentos. Pueden ser impugnados, especialmente si se puede demostrar que hubo en ellos capricho, arbitrariedad o excentricidad manifiesta.

—¿Y... hubo algo de eso en este caso?

—Creí que no. Pero ha surgido alguien de la familia. Un Talbot, Wendy. Una tal Karin Talbot. No sé aún si es una esposa, una hija, una sobrina o una hermana. En cualquiera de estos casos, inexorablemente, el testamento quedará en suspenso y se procederá a una intervención judicial que resuelva. Y no me siento nada optimista acerca de algo así y de sus resultados, como es lógico. A fin de cuentas, yo ni siquiera conocía a Talbot.

—Entiendo —la mirada de Wendy se cruzó con la ensombrecida mirada de mi nuevo colaborador, Ratón Wilby—. Parece que he llegado en mal momento, jefe.

—He avisado a Corman, mi abogado —suspiré—. Pero no estaba en su casa ni en sus oficinas. Debo esperar a que se comuniqué conmigo, para saber a qué carta quedarme en todo este asunto. La verdad, no me gustaría volver a la miseria, ahora que me creía un multimillonario. Pero tampoco ir a presidio nuevamente, porque el dinero de mi fianza y de mis indemnizaciones hubieran de ser reintegrados a su legítimo dueño.

—Eso no pueden hacerlo, Slade —protestó Ratón, palideciendo al imaginarse a sí mismo en su celda de nuevo.

—Ya veremos —me encogí de hombros—. De momento, será mejor hacerse a la idea de que nada de esto es cierto. Pero aun así, vamos a comenzar a trabajar, como exige de nosotros el testamento de Randolph Talbot.

—¿Qué clase de trabajo es, jefe? —quiso saber Wendy, volviendo a sentirse la eficiente profesional que tuve en mi humilde oficina de Van Ness Avenue.

—Uno muy especial —suspiré—. A Randolph Talbot, alguien le asesinó a su hijo Jason, hace ya mucho tiempo. Exactamente siete años... Nunca se supo quién le mató, pero su cuerpo apareció en la playa, traído por la pleamar, con varios balazos en la nuca y espalda, y con sus manos atadas atrás. El muchacho tenía entonces veinticuatro

años, y era su único hijo. Parece que eso enloqueció de ira al multimillonario, quien contrató a diversos detectives privados para investigar el asunto, cuando advirtió que la policía no lograba encontrar pista alguna. Uno de esos investigadores era Ryan Slade senior. Mi padre. Creo que llegó más lejos que ningún otro. Eric Corman, el abogado de Talbot, me ha contado que acababa de informar a Talbot sobre un hallazgo fundamental en el caso, que le conduciría sin duda hasta la verdad, y que ese hallazgo y esa pista, se relacionaban muy directamente con una persona: Franklyn Forrester, el magnate de las finanzas y la industria, además de la producción de películas en Hollywood. Pero se daba la circunstancia de que Franklyn Forrester había desaparecido de escena algún tiempo atrás, y nadie sabía su actual paradero, en esos momentos.

Hice una pausa, Ratón Wilby saboreaba el buen whisky que yo le había servido. Wendy tomaba apuntes en su cuaderno, como era costumbre suya, mientras trabajábamos en algún caso.

—¿Qué sucedió entonces? —quiso saber ella, alzando sus ojos del papel para mirarme.

—Franklyn Forrester apareció... muerto. No se sabía si era suicidio o asesinato. Pero estaba muerto. La policía informó de ello a Talbot. Él trató de ponerse rápidamente en contacto con mi padre. No lo logró. Acababa de morir, víctima de un accidente de automóvil, en la carretera de Sausalito. Nunca supo nadie adónde se dirigía ni cuánto averiguó sobre la muerte del joven Talbot o la desaparición del millonario Forrester. Pero el cadáver de este último, perfectamente identificado por varias personas de su infancia y de sus empresas, así como por cuantos conocían al magnate, tenía la huella precisa de una bala en su boca. Aún empuñaba el arma con la que se voló el cráneo, introduciéndola previamente en el paladar. Se dictaminó suicidio, aunque nunca estuvo bien claro que fuera así. Y se cerró el caso.

—¿Nunca se encontró al asesino de Jason Talbot, ni se supo la razón de su muerte?

—Nunca, Wendy —susurré.

Hubo un silencio en el despacho. “Ratón” Wilby hizo una pregunta que yo me había hecho ya muchas veces durante siete largos años:

—Slade, ¿es seguro que tu padre murió víctima de... de un accidente?

Le miré, pensativo. Hubiera querido responderle algo concreto, pero no me era posible. Ni yo mismo lo sabía.

—Quiero creer que sí —murmuré—. Fue el dictamen oficial de la policía. El coche patinó en el asfalto mojado. Hubo un par de coches testigos del accidente. Los frenos estaban en perfectas condiciones, según el perito. También la dirección. Sencillamente, se salió de la carretera y se fue a un barranco, donde, tras dar algunas vueltas de

campana, se incendió y estalló, antes de que nadie pudiera rescatar del interior el cuerpo de mi padre.

—¿Los testigos eran de fiar?

—Por entonces, yo era un muchacho de veinte años escasos. No profundicé demasiado, me temo. Tampoco había razón para ello, ya que los testigos parecían honestos, y todo estaba claro. Tal vez hoy día sería diferente, pero no lo fue entonces. Y ya es tarde para ahondar en todo eso, Wilby.

—Y al cabo de siete años, el mismo hombre que contrató a su padre, le contrata a usted para que descubra quién mató a su hijo hace tanto tiempo... ¡y que encuentre al mismo hombre que ya apareció muerto por entonces! ¿Eso tiene sentido?

—No mucho —admití—. Pero ello me conduce a una sola explicación: algo ha hecho renacer en Talbot, antes de su muerte, la convicción de que no llevó a cabo cuanto era posible por hacer justicia en el asesino o asesinos de su hijo Jason. Y la seguridad de que aquel cadáver no era el de Forrester. Si mi padre le dijo que había un nexo entre ambos, él quiere que eso se descubra, aun después de su muerte.

—Pero el cuerpo de Forrester fue identificado. Era un hombre público, Slade —protestó Wilby—. ¿Pudo haber error en algo semejante? Además, Forrester no ha vuelto a aparecer por parte alguna en esos siete años, ¿no?

—Exacto. Es un extraño asunto, lo sé. Pero debo aceptarlo como lo presentó Talbot. Si no se confirman sus sospechas, todo quedará así. En caso contrario...

—¿Tenía problemas económicos, conflictos financieros o personales, el tal Forrester, cuando desapareció, para ser hallado después con un balazo en el cráneo? —indagó Wendy.

—No lo sé aún. Creo que no, a juzgar por los periódicos de la época que he revisado. He visto cientos de fotografías de Forrester. Era algo, muy rubio, fornido y lleno de vitalidad. Vi fotografías de su cadáver, también en un semanario de sucesos de la época. Parecía ser el mismo, o un perfecto “doble”. Ni un rumor de quiebra o bancarrota, de problemas de ningún tipo, Wendy.

—Todo esto resulta raro.

—Muy raro, sí —suspiré—. Muy difícil también. Pero nadie regala cien millones por nada. Seguiremos adelante.

—Suponiendo que la fortuna de Talbot siga siendo tuya, Slade —apuntó Ratón, preocupado.

—Desde luego —sonreí—. En prisión, y sin un dólar, difícilmente podríamos dar un solo paso. Pero todavía nos queda por saber quién es exactamente Karin Talbot.

En ese momento apareció uno de mis sirvientes en la puerta. Era como la respuesta del destino.

—Una señorita desea ser recibida por usted, señor Slade —dijo—. Es urgente. Dice llamarse Talbot. Karin Talbot.

CAPÍTULO IV

Era atractiva.

Muy atractiva. También su acompañante lo era. Dos mujeres bonitas y bien formadas. Incluso la pantalla de televisión en color las mostraba así a ambas. Me pregunté cuál de ellas sería Karin Talbot. Pensé que, sin duda alguna, la de más personalidad y energía, la que estaba sentada más próxima al objetivo de la oculta cámara de televisión que, en circuito cerrado, transmitía a nuestra cabina de seguridad las imágenes policromadas de la sala de visitantes.

Simultáneamente, un detector especial hacía emitir vibraciones luminosas y sonoras a una pantalla fluorescente inmediata. Comprobé la regularidad de sus vibraciones. No llevaba armas ninguna de ellas. Los circuitos electrónicos instalados por orden mía en El Rincón, para mayor protección de los ocupantes de aquella finca, eran una excelente medida de seguridad.

—Bien —dije—. Iré a verlas.

—Lo suponía —noté ironía en la voz de Wendy—. La morena tiene bonitas piernas. Y la rubia, unas curvas muy pronunciadas... Sus dos debilidades, jefe.

Puse un gesto ingenuo, que no debió engañarla. Señalé a la pantalla, a las bonitas pantorrillas cruzadas.

—Ésa debe ser Karin Talbot —dije—. La otra quizá sea amiga suya... o un abogado. Dicen que muchas mujeres se dedican ahora incluso a fiscales. Grabad en el vídeo las imágenes y el sonido. Quiero retener cuando digan, para que luego lo examine Corman.

—Perfecto —asintió Ratón—. Pero si es astuto, no dirá nada comprometedor.

—No espero tanto —dije, saliendo de la cabina de seguridad. Y estaba convencido de que, aun sin haber procedido a la grabación, Wendy no se perdería detalle de mi entrevista con ambas mujeres. Ella sabía de mis debilidades, ciertamente.

En persona, aún ganaban más. Sobre todo, la morena. Sus piernas eran singularmente sugestivas, pero, al incorporarse, toda su figura mostró una armonía de líneas dignas de una starlett de Hollywood. Sólo que había algo en ella que la hacía mucho más fría y cerebral que cualquiera de esas necias muchachitas que se exhiben en el mundo del cine, soñando con el papelito anhelado.

Ojos oscuros, color ámbar, cabello castaño intenso, tez bronceada por el sol, boca carnosa, senos pequeños, pero firmes, y unas largas piernas bien torneadas. Ese era el físico de la muchacha que me dijo fríamente, al aparecer yo en escena:

—Soy Karin Talbot. Ella es Stella Pierce, mi cuñada. Y mi mejor amiga también. Usted... imagino que es Ryan Slade.

—Imaginó bien, señorita —me incliné ante ella, cortés, y dirigí luego una mirada de soslayo a la rubia Stella y a sus monumentales senos—. Ryan Slade senior. Recibí su telegrama. ¿A qué debo el honor de su visita?

—Usted lo sabe. Y no soy señorita..., sino señora.

—¿Señora? —enarqué las cejas—. ¿Tal vez señora de Pierce?

—Oh, no —rió la rubia, agitando su cuerpo de opulentas curvas. Un destello divertido asomó a sus ojos azules—. Yo soy su cuñada, señor Slade. Casada con un hermano de la señora Talbot, ¿no comprende?

—No —dije secamente.

—Está bien claro —la Talbot habló sin quitar de mí sus despectivos, fríos ojos oscuros, en lo que parecía haber siempre un constante reproche a los demás y un orgulloso matiz de suficiencia—. Yo soy la viuda de Jason Talbot, el hijo único del viejo chiflado ya fallecido. Y Stella es la esposa de mi hermano Conrad Pierce. Pierce, naturalmente, es mi apellido de soltera, señor Slade. ¿Se da cuenta ahora de por qué vine a reclamar lo que es mío? Existía un testamento por el que Jason era heredero universal del viejo Talbot. Muerto él, yo soy quien debe exigir esa herencia. Tengo pleno derecho. Ningún juez podrá negármelo jamás.

—Tal vez se equivoque —sonreí irónicamente—. Su esposo murió antes que Randolph Talbot. Y éste pudo hacer otro testamento, cambiando su heredero. Ello le haría perder a usted todo derecho a percibir su fortuna.

—Siempre que de nuestro matrimonio no hubiera habido hijos, señor Slade —y triunfalmente, ella añadió con aspereza—: Sin embargo, se da el caso de que existe un pequeño Jason Talbot, hijo de Jason y mío... ¿Qué tiene que decir a eso?

—Es verdad —corroboró con gesto bobalicón la rubia del busto impresionante—. El viejo Talbot tenía un nieto...

Sentí un sudor frío bañándose el cuerpo. Cielos, vaya si cambiaba eso las cosas. Radicalmente. O yo no entendía nada de leyes.

—Muy bien —dije, con frialdad—. En ese caso, no es éste el lugar a discutir el problema, señora Talbot. Creo que entre abogados lo discutirán mejor, antes de presentarse al juez con la impugnación correspondiente.

—Creí que no sería necesario llegar tan lejos —la serenidad y cautela de la viuda me sorprendieron—. Esperaba un acuerdo amistoso con

usted, antes de meternos en un pleito que costará una fortuna y nos hará perder mucho tiempo sin tocar un solo dólar del viejo Talbot.

—¿Un acuerdo? —parpadeé—. Si todos los derechos están de su lado, como usted afirma, ¿a qué clase de acuerdo podría llegar yo?

—En estos momentos es usted el heredero de Randolph, y eso cuenta para mí. No quiero arrojarle a la calle como un perro. Pero, ciertamente, no permitiré que disfrute de lo que no le pertenece. Digamos que, si yo le concedo una pensión vitalicia de veinte mil dólares anuales y una cantidad al contado, digamos... unos ciento cincuenta mil dólares..., usted renuncia a ese testamento y reconoce mis derechos legales, como madre del nieto que constituye la única familia de los Talbot, hasta que él sea mayor de edad y herede lo que le pertenece.

—No —negué rotundamente—. Yo no hago arreglos, señora.

—Le entiendo —me examinó con frialdad casi agresiva—. Tiene todo en su mano, y no quiere perderlo. Pero es inútil luchar. Lo perderá, tarde o temprano. Si quiere ser generosa con usted, elevaría esa presión a veinticinco mil dólares, y la suma a cobrar, hasta doscientos cincuenta mil. Un cuarto de millón, señor Slade. En efectivo. Y su vida resuelta con holgura. Es más de lo que nadie podría soñar. Yo me comprometeré por escrito a respetar ese acuerdo. Usted, basta con que firme su renuncia a la herencia Talbot.

—¿Y si no lo hago?

—Lo perderá todo. No sueñe, Slade. Esta vida no se hizo para gente como usted. Es sólo un detective privado. Un ser mediocre, vulgar. Con ese dinero tendría una oficina mejor, una vida decente, e incluso fama y prestigio. No trate de ser un nuevo Midas. Si conoce el cuento, ya sabe que tanto oro termina por convertirse en una maldición.

Estaba tratando de imaginarme a Ratón Wilby y a Wendy, allá en la cabina de seguridad. Me estarían gritando que no fuese estúpido, que aceptara, que tomara aquel pájaro en la mano, y dejara volar libremente a los otros cien. El acuerdo me garantizaba libertad, un capital importante y una renta de por vida. Algo que allá en la penitenciaría, me hubiera parecido un sueño delirante.

Pero no estaba en la penitenciaría. Y no me gustaban los pájaros en la mano, si podía tomar a un centenar en vuelo. Tenía mucho de jugador. Como en una partida de dados. Todo el siete. Todo o nada.

—Lo siento —suspiré finalmente—. Mi respuesta es... “no”. Señora Talbot, puede presentar la impugnación legal contra el testamento de Randolph Talbot.

Capté la ira en su gesto, en su mirada. Se mordió el labio, con disgusto. Cosa rara, me pareció notar un brillo burlón, casi una risa, asomando a los ojos azules de la rubia Stella, la dama de los grandes pechos. A ella parecía divertirlle algo, en todo aquel juego.

—Muy bien –silabeó Karin Talbot—. ¿Es su última palabra, Slade?

—La última, sí –afirmé.

—Está loco. No sabe lo que hace. Van a arrojarlo de aquí como a una rata. Lo perderá todo. ¡Absolutamente todo! El derecho está de mi parte. Ese testamento es una excentricidad. ¡Hay un Talbot, un ser de su sangre y apellido! Cualquier juez del mundo dictaría sentencia, sin dudarle un instante.

—Entonces, no tiene nada que temer. Ni nada por qué preocuparse –reí entre dientes—. Suyas es la victoria, señora Talbot. Cuando el juez dicte sentencia, abandonaré esta casa, sin la más mínima objeción.

—Tendrá que devolver todo, Slade. ¡Todo! Hasta el último dólar. Eso significa, usted lo sabe, que volverá a prisión. Le reclamaré los miles de dólares pagados al estado de California y al comisionado Lynne. No los tiene usted ya. Y podré enviarle a la cárcel por esa deuda.

—Parece que se informó bien sobre mí, señora Talbot.

—Muy bien –silabeó ella, con tono glacial—. Tal vez le interese saber que el propio Douglas Lynne me facilita los abogados y medios para reclamar la herencia de Talbot...

—Vaya –entorné los ojos, mirándola con renovado interés—. Eso resulta curioso. Muy curioso, señora Talbot... Estoy seguro de que, con tan buenas e influyentes amistades, usted llegará lejos en sus propósitos. Buenos días, señora. Le deseo mucha suerte.

—La tendré, Slade. Y usted va a sentirlo más que nadie... —me amenazó—. ¡Vamos, Stella!

Las dos mujeres se encaminaron a la salida. Mi mirada se cruzó con la azul e ingenua de la rubia cuñada de Karin Talbot. Ella parecía cohibida, como si nada de todo aquello fuese con ella, o como si le molestara el juego de su cuñada. Le sonreí.

Casi me sonrió también, e irguió su torso, sin duda para demostrarme que su perímetro torácico no era ninguna tontería. Estuve totalmente seguro de ello.

Cuando regresé a la cabina de control electrónico, Wendy tenía el ceño levemente fruncido, no sé si a causa de mi temeridad en aquel peligroso juego con Karin Talbot, o por la presencia de la rubia opulenta. Ratón Wilby se limitó a gemir, apenas entré:

—Oh, Slade, ¿qué has hecho? Nos costará la prisión otra vez.

—No me gusta renunciar a algo que creo poseer –dije secamente—. Dar todo a cambio de casi nada no va con mi modo de ser.

—Si existe ese nieto, jefe, estamos perdidos –me indicó Wendy—. Es un heredero directo.

—Lo sé. Pero hay que luchar primero. Si gano la batalla, seré el primero en proporcionar a ese niño una suma para su mayoría de edad. Si pierdo, sé lo que eso significará para mí. No podía transigir

ante una mujer como ésa. Es ambiciosa, cruel y calculadora. La clase de mujer que no cedería un ápice, si no fuera porque tampoco se siente tan segura de sí misma como aparenta.

—¿Qué quieres decir? —terció Wilby.

—Que algo no está tan claro en este asunto, como ella pretendió dar a entender. Si Lynne la apoya, será una lucha encarnizada. Pero tengo el presentimiento de que hay un factor poco concreto, cierta sombra en el asunto... Espero no equivocarme. ¿Grabasteis la escena?

—Totalmente. ¿Quieres presenciarla de nuevo?

—Sí, por favor. Luego, se la mostraremos a Corman. Pero antes tendré cosas que hacer. Después de todo, se espera que haga un trabajo. Y va siendo hora de iniciarlo abiertamente. De comenzar a investigar sobre el asesinato cometido hace siete años. Y sobre la identidad del cadáver de un hombre público, rico y poderoso, cuya muerte data del mismo tiempo, pero acerca de la cual había alguien con suficientes dudas como para contratar a un detective... incluso después de muerto.

* * *

—De eso hace mucho tiempo, señor.

—Lo sé. Exactamente siete años y dos meses —asentí, hundiendo las manos en los bolsillos de mi gabardina. El viento frío y húmedo, con olor salobre, llegó del mar, racheado sobre las tablas del embarcadero con fuerte aroma a salazones y pescado—. Alguien me dijo, sin embargo, que usted seguía trabajando aquí. Por eso quise charlar un rato sobre aquel viejo asunto.

—No tiene mucho que contar —el hombre rugoso, de canosos cabellos, sacudió la cabeza, pensativo—. Yo trabajaba entonces en la carga y descarga de pescado para la conservera. Las embarcaciones pesqueras arriban a nuestros embarcaderos con el control de garantía del Departamento de Sanidad, y nosotros pasamos el pescado a la factoría, para su enlatado o salazón, según los casos.

—Entiendo —asentí—. Los pescados de Conservera Forrester... Una de las mejores industrias del estado de California, ¿no es cierto?

—Y bien cierto, señor —afirmó, con énfasis, el hombre—. La primera factoría en su clase. Nuestras latas recorren el mundo. Es una gran empresa.

—¿Sigue siéndolo, a pesar de que falte Franklyn Forrester a su frente? —dudé.

—Bueno, ya sabe usted cómo son estas cosas. Siempre hay un miembro de la familia que regente el negocio, aun en ausencia de la cabeza principal. Aparte de que el socio de F.F., Stacey Wallace, continúa dirigiendo la industria con gran acierto. En realidad, ya la

dirigía frecuentemente, en vida del señor Forrester. Ahora la lleva mucho más él que el hermano menor del señor Forrester.

—Oh, entiendo. Hay un hermano.

—Naturalmente. Henry, el más joven. Es inteligente y activo, aunque no tenga el genio que su hermano. Franklyn tenía para los negocios... —el hombre se detuvo, frunciendo el ceño, bajo su caperuza de tejido impermeable, con la que se protegía de la llovizna de aquel día, y también de las salpicaduras de agua del mar, en los embarcaderos—. Pero creí que venía usted a hablarme de aquel muchacho, no de todas esas cuestiones.

—Oh, cierto. Charlando, charlando, uno se desvía a veces de la cuestión —sonreí—. Sí, me interesa conocer los detalles de aquel hallazgo macabro, en los embarcaderos...

—No fue exactamente en los embarcaderos, señor —rechazó el empleado de la factoría Forrester, sacudiendo su cabeza—. Algo más allá hay una especie de cala arenosa... Tras ese promontorio, exactamente. Hacía un día apacible, aunque gris, y yo estaba conduciendo salmones seleccionados a la factoría, a bordo de mi canoa a motor, durante el desembarco. Terminada la tarea, alargué el paseo con la canoa hasta la cala. Y allí lo encontré, flotando entre la franja de arena y los peñascos. Primero pensé que sería algún imprudente, un accidentado. Después, cuando hube conducido el cuerpo a tierra firme, y descubrí sus manos atadas a la espalda, los orificios de bala en el cuerpo, ya medio corrompido..., me asusté de veras. Y llamé a la policía, sin perder tiempo. Más tarde supe que se trataba del joven Talbot, el hijo único del famoso Randolph Talbot, Míster Midas, como le llamaban por aquí.

—Y usted... ¿no encontró nada más que aquel cuerpo? ¿Ningún otro objeto, nada que le revelara cómo pudo llegar hasta allí?

—Aunque hubiese habido algo más, el mar lo habría destruido o alejado. La pleamar fue la que llevó el cuerpo a la cala. Eso no quiere decir, ni mucho menos que muriese allí. Es más, creo que debieron matarle en otro lugar, y las corrientes lo llevaron hasta allí.

—¿Qué dirección tienen aquí las corrientes? —indagué, ingenuamente, contemplando el mar grisáceo más allá de las tablas del embarcadero.

—Eso es imposible de determinar. Varían según las épocas, el estado de la mar... Pero, habitualmente, siguen la costa en sentido nornoroeste, con desviaciones hacia el sudoeste.

—Según eso... —hice un rápido cálculo, siguiendo el litoral—, podría haber sido muerto, por ejemplo, en este embarcadero... y arrojado luego al agua. Si las corrientes siguen esa ruta, hubiese podido arribar el cuerpo, sin dificultades, a esa cala precisamente, ¿no es cierto?

—Bueno, eso es solamente una posibilidad —el viejo empleado de la factoría conservera Forrester me miró ahora con cierto y disgusto—. Pero usted no puede sugerir seriamente que eso sucediera aquí...

—¿Por qué no? Supongo que los embarcaderos quedarán oscuros y desiertos por la noche.... Posiblemente sin vigilancia...

—Se equivoca —me cortó con acritud—. Siempre están vigilados. Y quedan varias luces durante la noche. Solamente el personal de la factoría tiene acceso a los embarcaderos. Aquí no pueden acercarse los delincuentes, señor.

—Tal vez ocurrió en alta mar, y no aquí, en la costa. Era solamente una posibilidad. Después de todo, el hijo de un millonario podía haber estado aquí, visitando a Forrester, ya que éste y su padre eran hombres de fortuna, posiblemente amigos, incluso.

—¿Amigos? ¿Los Forrester y los Talbot? —pestañeó el hombre—. Lo dudo mucho, señor. Nunca se llevaron demasiado bien, desde que el señor Talbot vendió su flota pesquera a un competidor canadiense, que es la principal firma que nos hace la competencia a nosotros. Dudo mucho que un Talbot hubiera sido bien recibido aquí. E incluso dudo que ellos pensarán en visitar jamás las factorías Forrester...

—Sí, entiendo —le tendí un cigarrillo y me dispuse a marchar—. Gracias por todo, amigo. Después de siete años, resulta difícil encontrar personas que se acuerden, de cuanto sucedió por entonces.

—Por supuesto. Lo que ocurre es que yo tengo buena memoria, señor.

—Ya me he dado cuenta de ello —elogié—. Imagino que incluso recuerda usted la muerte de Franklyn Forrester, el hallazgo del cadáver...

—¿Si lo recuerdo? Como si fuera hoy. Yo fui uno de los encargados de identificarle. Pobre patrón... No sé cómo se le pudo ocurrir algo semejante...

—¿Le conocía usted lo bastante bien para no equivocarse en una identificación?

—¡Cielos! —se llevó las manos a la cabeza—. Personalmente, había descargado él a veces los salmones seleccionados, o había conducido la canoa de descarga.

—De modo que no hubo error. El muerto era Franklyn Forrester...

—Dios mío, claro que era él. ¿Quién, si no? No se podía confundir uno ni de lejos.

Apenas vi su rostro, su figura, pese a la deformación de la bala en su cráneo..., le identifiqué sin la menor duda.

—Bueno, otra vez nos íbamos del asunto que me trajo aquí —reí, indiferente—. Gracias por todo, amigo.

Me alejé del embarcadero, mientras el hombre agitaba su mano, despidiéndose de mí. Pasé junto a los almacenes donde se guardaban

las piezas para salar. El olor a pescado y sal era muy fuerte allí. Seguí adelante, cruzando ante el edificio central de la factoría Forrester. Alcé los ojos, intuyendo que era vigilado desde alguna parte.

Descubrí el rostro rubio, joven y saludable, tras unos vidrios empañados, en la ventana de la planta alta. Había visto suficientes fotografías del difunto Forrester para apreciar el parecido con el observador situado tras la ventana. No eran idénticos, ni mucho menos, pero la semejanza fraterna era notable.

Apenas advirtió que yo descubría su presencia. Henry Forrester desapareció del rectángulo de cristales. No supe si me vigilaba a mí o a su empleado, el que me hablara del hallazgo del joven Talbot y de la identificación de Franklyn Forrester...

Cuando alcancé la carretera, fuera del recinto de las pesquerías de los Forrester, respiré un aire más limpio, con mi mano en la portezuela del “Aston Martin” plateado, cuando comprendí que aquél podía ser mi último aliento en este mundo.

La Muerte se me echó encima con pavorosa rapidez.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Sí. La Muerte se me vino encima muy deprisa.

Tanto, que apenas sí tuve tiempo de intuírla, de captar su fría presencia, durante una fracción de segundo.

La fracción de segundo, exactamente, que significó la diferencia entre morir y vivir.

La carretera de la costa era una ancha cinta de asfalto, que pasaba junto a la propiedad acotada por la factoría pesquera de los Forrester, con sus instalaciones, edificios, almacenes de pescado y plantas de envasado o salazón. Resultaba difícil imaginarse allí un accidente mortal, un atropello, a menos que el conductor del vehículo causante del mismo pudiera estar ciego, loco o borracho.

O que fuera un asesino.

Aquel conductor, sin duda, era un asesino. En ningún momento pensé que fuese producto de un accidente, de un fallo humano o mecánico. Nada de eso. Era provocado. Premeditado. Lleno de intención. Por tanto, era un intento de homicidio.

Un crimen.

Y la víctima era yo. El automóvil, un potente ranger color café, con el motor a todo gas, rugió, deslizándose sobre sus neumáticos con siniestra precisión hacia su víctima.

Hacia mí, sin la menor vacilación. Solamente un necio hubiera podido ver en esa demencial maniobra un error o un accidente. Iba a aplastarme contra el asfalto, a triturarme bajo sus ruedas, del modo más frío y deliberado del mundo.

Había muy pocas cosas que yo pudiera hacer para evitarlo..., si es que realmente había alguna. Pero, cuando menos, tenía que intentarlo.

Y lo intenté.

Creo que nunca en toda mi vida he puesto mayor afán, más voluntad y exasperación en algo que lo que puse en esa ocasión, al servicio de mi propia supervivencia.

Esa fracción de segundo entre el momento de surgir por la curva el coche ranger, lanzado sobre mí como una diabólica catapulta, y el de intentar darme alcance físico, arrojándome contra el asfalto para incrustarme virtualmente en él, fue suficiente. Era todo el tiempo de que disponía. Y lo aproveché.

No sé cómo lo hice. Aun ahora, cuando ya ha transcurrido algún tiempo desde ese momento decisivo y terrible en mi vida, me cuesta trabajo volver la mirada atrás y recordar y recordar con alguna claridad lo acontecido.

Pero lo cierto es que todo mi cuerpo actuó como una máquina perfectamente sincronizada en todas sus piezas, y creo que hice una zambullida fantástica, casi sobrehumana, para salvarme del mortal impacto.

Aun así, el guardabarros me golpeó con violencia y proyectó mi cuerpo a alguna distancia, pero ya era solamente un impacto que, en vez de precipitarme bajo los neumáticos voraces, me apartaba de la ruta del vehículo agresor, aun con algún daño lógico por la propia violencia del hecho.

Sentí que rodaba hasta la cuneta de la carretera costera, y el coche se alejaba, vertiginoso..., para, súbitamente, sentir su agrio, escalofriante maullido de gomas sobre el asfalto, cuando patinó bruscamente, reduciendo velocidad... y virando en un espacio inverosímil de terreno, que hablaba bien a las claras de la pericia de su conductor en tales lides.

Comprendí, pese a mi aturdimiento, mientras trataba de incorporarme a medias, con todo el cuerpo dolorido, que estaba regresando hacia mí.

En suma, se disponía a arrollarme de nuevo, con toda la frialdad del mundo, tras el fracaso de su primer intento. Si para entonces hubiera existido alguna duda sobre sus intenciones reales, esta maniobra las disipaba todas, y de un modo que distaba mucho de resultar agradable o esperanzador para mí.

Pero ahora, las cosas iban a ser muy diferentes. Yo estaba levemente recuperando del sobresalto y de la sorpresa iniciales. Además, estaba furioso. Y cuando Ryan Slade junior se siente furioso por algo, resulta bastante temible, dicho sea sin modestia alguna.

Clavé mis ojos centelleantes en aquel maldito vehículo, que, como un monstruo metálico de torvo rostro, se me venía encima otra vez. Mi mano se movió rápidamente, en tanto trataba de descubrir el rostro su gorra, sus amplias gafas oscuras, de vidrios muy anchos y negros, y de una especie de pañuelo o bufanda subido sobre su boca y nariz. Cuando mis dedos salieron de debajo de mi chaqueta, ya no estaban vacíos.

Empuñaban mi automática de calibre 38, con la que apunté sin vacilación alguna al conductor del automóvil agresor.

Luego, al advertir que no frenaba, disparé. Apreté el gatillo tres veces, en rápida sucesión.

Tres estampidos del arma coincidieron con el crujido de vidrios, los impactos sobre el metal de la carrocería... y un maullido lastimero y

súbito de gomas sobre el asfalto.

Le había alcanzado. Al coche. Y a su ocupante. Estaba seguro de ello. Los dos orificios abiertos en el parabrisas, y de los que surgían las telarañas de los vidrios agrietados, me lo demostraban sin lugar a dudas. Luego, una mancha roja se amplió brusca, dramáticamente sobre el rostro enmascarado de mi anónimo adversario.

Cayó sobre el volante. Rodé literalmente, dejando de disparar, para impedir que el vehículo me arrollara, arrastrándome consigo al terraplén, por el que se deslizó hasta muy cerca de las vallas que acotaban la propiedad industrial de los Forrester.

Allí, el automóvil volcó, empezando a arder, en medio de una acre, oscura humareda. Miré, vacilante, todavía aturdido, y traté de correr hacia el coche, descendiendo por el terraplén a toda prisa, para sacar de allí a mi agresor.

—¡No no lo haga! —oí gritar a alguien—. ¡Va a estallar el combustible!

Busqué con la mirada a quien así velada por mi seguridad personal. Vi asomado al edificio de la factoría, agitando sus brazos con señal de alarma, al joven y vigoroso Henry Forrester.

Fue una advertencia muy prudente y oportuna. Tuve el tiempo justo de arrojarme a tierra y cubrirme con los matorrales y peñascos de la cuneta.

El automóvil se convirtió en una bola de fuego. Saltó en fragmentos por los aires, cuando el combustible entró en erupción. Entre aquellos trozos, yo lo sabía, iban fragmentos humanos, desgarrones de un hombre que pretendiera asesinarme. Un hombre a quien, posiblemente, ya nunca me sería fácil identificar. Ni a mí, ni a nadie.

Me quedé clavado en aquel lugar, contemplando los humeantes restos del coche, mientras el joven Forrester había desaparecido de su lugar de observación para reaparecer poco después, en dirección al coche siniestrado y adonde yo me hallaba.

Cuando hubo comprobado que no había nada por hacer un beneficio del conductor anónimo, se acercó a mí. Cuando me incorporaba, limpiando de polvo mi ropa, me encontré con su mirada, fija en la mía.

—¿Se encuentra bien? —preguntó, con interés.

—Sí, gracias —asentí con un resoplido. Miré al coche humeante—. Pero todo pudo haber sido muy distinto.

—Lo sé. Le vi disparar sobre el coche. No hay duda que sabe manejar un arma de fuego.

—Esa declaración suya puede presentarme como culpable de homicidio —avisé, preocupado—. Sin embargo, los hechos son muy distintos.

—También lo sé —asomó a su rostro una suave sonrisa—. Vi lo que

pretendía, por dos veces. Tuvo mucha suerte de salir con bien de todo ello.

—Gracias –suspiré—. Es un alivio saber que, cuando menos, existe un testigo que puede confirmar mi declaración, señor Forrester.

—¿Nos conocemos acaso? –se interesó él, con gesto irónico.

—Usted es muy conocido. También lo era su hermano Franklyn. Yo, no tanto –le tendí mi tarjeta—. Estoy a su servicio, si me precisa.

—Ryan Slade junior. Detective privado –leyó en mi tarjeta—. Entiendo. Es usted el “detective de oro”, como le llaman algunos periódicos.

—Quizá exageran un poco. Pero, ciertamente, mi posición ha cambiado mucho en estos últimos tiempos, señor Forrester.

—Todo gracias a una fabulosa herencia –asintió él, despacio—. Los millones de un hombre caprichoso y excéntrico: Randolph Talbot, Míster Midas... Oí decir que espera algunas cosas a cambio de ese dinero, ¿no es cierto?

—Sí. Es como si hubiera contratado mis servicios a perpetuidad. Jamás hubo cliente más generoso que él.

—Tiene toda la eternidad para esperar. ¿Usted cree que podrá servir a tan singular cliente, señor Slade?

—Posiblemente lo logre. Estoy metido ahora en ello.

—Ya. Busca usted al asesino del joven Talbot. Y dicen que también busca a mi hermano Franklyn, pese a llevar siete años muerto y enterrado –su tono se había hecho más seco.

—Es posible. Pero no haga caso de lo que cotillean los periódicos, señor Forrester. Acostumbran a tener demasiada imaginación.

—¿Usted es de los que creen que mi hermano aún vive, pese a todo?

—Yo no puedo creer nada. Simplemente, investigo. Cuando encuentre la verdad, le diré lo que pienso.

—Parece que hay gente poco interesada en que encuentre usted esa verdad –me hizo notar Henry Forrester, ceñudo, señalando hacia el coche humeante.

—Sí, ya lo he notado –lo estudié de soslayo, con gesto irónico—. Y muy cerca de su factoría, señor Forrester.

—¿Qué pretende insinuar con eso? –se puso él inmediatamente en guardia.

—Nada. No me gusta insinuar cosas. Sólo hago balance y anoto hechos. No va a negarme que es eso justamente lo que ha sucedido aquí.

—Pero lo dijo de un modo como si con ello sacara conclusiones...

—¿Seguro? –esbocé una mueca sardónica—. Eso es cosa de su propia imaginación, señor Forrester. No es la primera vez que atentan contra mi vida. Ni creo que sea tampoco la última. El lugar en que ello ocurra, importa poco. Es más, creo que a nadie se le ocurriría

contratar a un asesino a sueldo para matar a un investigador privado, eligiendo justamente la vecindad de su domicilio o de su negocio como escenario del hecho. No sería inteligente, la verdad... Bien, señor Forrester. Fue un placer conocerle. Espero que volvamos a vernos cuando la policía le pida que confirme mi testimonio en su condición de testigo presencial de los hechos. O cuando yo encuentre a su hermano..., si aún vive.

—Pierde el tiempo, señor Slade —fue su fría y hosca respuesta—. Franklyn ha muerto hace ya muchos años. Solamente un loco como Randolph Talbot podría pensar en semejante estupidez. De seguir con vida, le presentaría una demanda por su actitud, al relacionar de algún modo a mi hermano con la muerte de su hijo Jason.

—Pero no vive. De modo que no puede plantear demanda alguna. Y yo me limito a servir a un cliente que pagó mis servicios con millones de dólares. Creo que un cliente así merece que llegue por él lo más lejos posible, al precio que sea.

—¿Incluso al precio... de la propia vida? —me preguntó suavemente el joven hermano de Franklyn Forrester.

—Incluso a ese precio, sí —admití gravemente, dirigiéndose a mi coche, cuando ya en la distancia se percibía el ulular de sirenas de los patrulleros de carretera, y otros vehículos iba deteniéndose en el lugar del suceso.

* * *

Eric Corman, el más rico abogado de toda la costa de Pacífico, terminó de presenciar, por segunda vez, el vídeo obtenido de mi entrevista con las dos mujeres, Karin Talbot y su cuñada, la rubia y estipenda Stella Pierce.

Cruzó sus piernas, encendiendo otro cigarrillo, nos miró en silencio y terminó sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—Esa mujer está loca —manifestó secamente.

—¿Loca? —dudé—. Si acaso, por el dinero. Fue esposa del joven Talbot, ¿no?

—Sí, lo fue. Legalmente, no tiene ella derecho a nada, puesto que el hijo de Talbot murió antes que su padre... y, además, esa pareja se había divorciado ya con anterioridad.

—Divorciados... —sacudí mis hombros, en un encogimiento—. Entiendo. No tiene ningún derecho, por tanto.

—Ninguno. Lo que me preocupa es ese niño... —arrugó el ceño—. Nunca supe que ese matrimonio tuviera un fruto, y menos, reconocido legalmente por Jason... Su mujer, Karin, era una mujer de clubs nocturnos. Dista mucho de ser la estampa de la esposa honesta, cuyo hijo puede ser fruto de un matrimonio solamente.

—Pero si Jason Talbot reconoció a la criatura, todo eso importaría poco a un juez, Corman —le hice notar secamente.

—Claro —el abogado de los Talbot hizo un gesto preocupado. Se frotó el mentón, pensativo—. Tengo que averiguar eso. Si Jason admitió la legalidad de su hijo, y le dio su apellido, tendremos problemas. Graves problemas, Slade.

—Ya he pensado en ello —asentí—. ¿Qué me dice de los Pierce? Me refiero al hermano de ella... y a su mujer, esa rubia impresionante que iba con ella.

—No sé gran cosa sobre ellos, pero le facilitare los datos que mi oficina pueda reunir al respecto, Slade —suspiró, poniéndose en pie—. De todos modos, hizo bien en negarse a pactar. Hubiera sido un error.

—No sé si es un error o no, pero... cuesta trabajo renunciar a estas cosas, cuando se alcanzan —miré hacia el amplio jardín, a los nuevos, flamantes guardianes uniformados de color beige, con placa y gorra, provistos todos de revólver y esposas de acero. Recorrían la propiedad, mientras las vallas exteriores advertían de la electrificación de la segunda cerca y de la prohibición radical de entrar allí sin permiso especial del propietario—. Vea todo eso, Corman. Es mi nuevo imperio. Mi santuario. Me gusta disfrutarlo. Lo defenderé con uñas y dientes. Quiero crear una especie de organización investigadora, al servicio de la sociedad. El dinero de Talbot es mi único medio de seguir adelante.

—Lo entiendo, Slade. Quizá termine lográndolo. Pero antes recuerde que su benefactor le puso una condición previa: descubrir al asesino de Jason... y encontrar vivo o muerto, al verdadero Franklyn Forrester, si es que existe aún.

—No lo olvido. Y estoy seguro de que hay personas que tampoco lo han echado en saco roto. El atentado en la carretera de la costa así lo prueba.

—El atentado... —Eric Corman arrugó el ceño—. ¿Cree que puede estar mezclado en ello algún Forrester?

—Pudiera ser, pero yo no me atrevo a afirmarlo. Lo cierto es que el cadáver no ha sido identificado, dados los destrozos sufridos al estallar el coche, y sospecho que sólo se trataba de un miembro del Sindicato del Crimen, algún esbirro, cuya única misión era matar a sueldo. Lo importante sería saber quién pagó a ese ejecutor para liquidarme en la carretera, Corman.

—Tendrá que cuidar mucho de su pellejo, de aquí en adelante, Slade —suspiró el abogado—. Es el mal de tener demasiado dinero y convertirse en un detective excesivamente famoso...

—Puede ser. Aceptaré los riesgos como he aceptado las ventajas, no lo dude. En lo sucesivo, ya saben que soy duro de pelar. Ahora debo ir a San Francisco, a averiguar ciertas cosas...

—¿San Francisco? ¿Cree que allí puede descubrir algo nuevo? —dudó Corman, ya iniciando su retirada.

—Quizá. De momento, quiero saber qué relación existe entre Karin Talbot, la viuda o divorciada de Jason Talbot, y el muy honorable caballero Douglas Lynne, comisionado de San Francisco y encarnizado enemigo mío desde que traté de probar la corrupción de su política. Y también quisiera averiguar unas cosas en torno a la muerte de Jason Talbot... y a la supuesta muerte de Franklyn Forrester, el hombre en cuya supervivencia siempre creyó el viejo Talbot, incluso a la hora de su muerte...

Corman no me preguntó dónde sería capaz de encontrar semejantes informes, pero era evidente que se moría de ganas de averiguarlo. No le saqué de su curiosidad. Pero hubiera debido comprender que, para un hombre que ha sido detective privado, aun carente de los medios fabulosos del momento presente, husmear en el hampa, sonsacar a gente que lo sabe o lo escucha todo, forma parte de la rutina habitual.

Y por muy “detective de oro” que fuese en la actualidad, Ryan Slade junior era, por encima de todo, lo que había sido siempre: un eficaz y honesto investigador privado.

Respetado, incluso, por la policía oficial de la ciudad. Con uno de sus más brillantes oficiales al frente: el teniente de Homicidios Andrew Munro. Un buen policía. Y un buen amigo..., a veces.

* * *

Esta no era una de esas veces.

La cara del teniente Munro tenía un gesto desabrido, cuando pasé a su presencia, en la oficina de la División de Homicidios de San Francisco.

Me contempló, ceñudo, sin dejar de ordenar una serie de papeles y dossiers sobre la repleta mesa de trabajo. Luego, enarcó las cejas y me dirigió unas palabras repletas de sarcasmo:

—Bienvenido, magnate. ¿Qué tal sienta ser millonario?

—Bien. Mucho mejor que desear una buena cena en el Fisherman's Wharf, a base de los mejores mariscos y vinos selectos, teniendo que conformarse con una hamburguesa y una cerveza en cualquier puesto callejero, teniente —suspiré—. Ahora puedo permitirme el lujo de hacerme llevar un vivero repleto de los crustáceos más sabrosos, y una bodega con los vinos de las cosechas más escogidas, a mi propia residencia de El Rincón.

—Por supuesto, magnate. Y puede también contratar guardas jurados, proveerlos de armas y electrificar sus vallas para aislarse de peligros externos. Eso sin contar con una red de alarma electrónica, puestos especiales de observación, juegos de luces prestas a

encenderse cuando alguien pise la propiedad durante la noche, invadiendo de claridad reveladora los jardines... y, posiblemente, con legiones de pirañas esperando alguna inocente presa en las piscinas y fuentes de la casa. ¿Me equivoco?

—En casi nada. Sólo exageró con las pirañas, teniente. No me gustaría recurrir a ellas. No son santo de mi devoción.

—Bueno, siempre hay tiburones dispuestos a colaborar.

—Le noto muy sarcástico hoy, teniente Munro —murmuré, pensativo.

—¿Sarcástico? —me miró como si yo fuese un marciano recién llegado a bordo de un OVNI—. Cielos, nada más lejos de mis propósitos... Slade, apenas ha salido de la cárcel, gracias a los millones de Talbot, cuando ya empiezan a llover problemas sobre mi mesa. Y todos, relacionados con usted.

—¿Conmigo? —le miré ingenuamente, antes de preguntar—: ¿Qué clase de problemas pueden ser éstos, teniente? Si se refiere al coche siniestrado cerca de la factoría Forrester, puedo decirle que...

—No me diga nada —atajó secamente—. He hablado ya con Henry Forrester, y no puedo acusarle a usted de nada, Slade. Pero utilizó un arma de fuego para defenderse y matar o herir a su agresor. Aunque fuese en legítima defensa..., ¿sabe que no puede llevar armas de fuego encima, y menos utilizarlas?

—¿Qué quiere decir? —le miré irritado—. Ya recuperé mi licencia de detective y, por tanto...

—Sé que tiene su licencia. El dinero abre muchas puertas. Pero la licencia de portar y usar armas de fuego dependía del comisionado Lynne..., y puede ver el resultado de su expediente, Slade. Lo tiene ahí, sobre la mesa.

Miré el documento. Su texto me importaba poco. Era una solicitud rutinaria para recuperar la licencia de armas, en el uso de mi labor profesional. Lo que me atrajo fue el sello en rojo superpuesto al final de la solicitud: "Permiso denegado".

Firmaba el comisionado Douglas Lynne, en representación de la autoridad principal de San Francisco. Sentí una sorda, fría ira. Extraje mi arma, y la puse ante Munro sin pronunciar palabra.

—Tiene un recurso legal todavía —me recordó el oficial de policía—. Apele al gobernador de California. Yo avalaré su demanda, Slade, aunque el diablo me lleve si sé por qué debo hacerlo.

—Gracias —resoplé—. De todos modos, eso llevará al menos un mes o dos de trámites legales. Suficiente tiempo para asesinarme impunemente la próxima vez que lo intenten. Primero, en mi piscina, luego, en la carretera...

—¿Cree que habrá una tercera vez?

—Si hubo una primera y una segunda, puede haber cien más.

Estorbo a alguien. Quizá al mismo comisionado.

—Cuidado, Slade. Con todo su dinero actual, una acusación así contra Lynne podría ser muy grave y peligrosa. Él es importante aquí. Para acusarle de intento de homicidio harían falta muchas pruebas y muy sólidas. Por el momento, sólo se ha opuesto a que lleve armas. Alega que estuvo encarcelado, que su moralidad está en entredicho y que, sin ser definitiva todavía su confirmación como investigador privado, utilizó un arma de fuego sin licencia, causando una muerte que está sometida a investigación legal. Es un mal enemigo el comisionado Lynne, usted lo sabe.

—Yo también lo soy. Y ahora tengo mucho más dinero que él, no lo olvide.

—Él supone que eso va a durarle poco. Que es el sueño de una noche de verano o poco menos. Parece que hay una impugnación, con bastantes visos de prosperar, ante los Tribunales de California, Slade. ¿Sabía eso también?

—Lo sé. Y no me preocupa. No vine aquí a discutir de mí ni de Lynne, aunque él sí tiene algo que ver en esta impugnación. ¿Sabía que apoya a Karin Talbot en su acción contra mí?

—Ya le dije que hará todo lo posible por hundirle, Slade.

—Quizá no sea sólo eso, teniente. Tal vez tenga especial interés en que la viuda de Jason Talbot herede al viejo Míster Midas...

—¿Qué clase de interés? —arrugó el ceño Munro, mirándome muy fijo.

—Hay un niño por medio. Un supuesto hijo de Jason Talbot, nieto, por tanto, de Randolph Talbot. Si eso fuera así, la impugnación podría prosperar. Pero creo que el nieto de Talbot es más falso que el beso de Judas.

—¿Qué le hace pensar eso? Aunque no fuese del difunto Talbot junior, si éste lo reconoció como propio, nada podría hacer usted por evitarlo...

—Aún hay que comprobar ese extremo. Lynne puede influir mucho en falsificar documentación, pruebas, e inventarse un heredero con visos de verosimilitud. Y no olvidemos que esa chica, Karin, procede del mundo nocturno, de clubs y music—halls. Un ambiente en el que el comisionado estaba muy mezclado, y no precisamente en cuestiones limpias ni honestas, cuando yo le acusé.

—Otra vez pisa terreno resbaladizo, Slade. Si alguien le oye, y presenta contra usted una demanda, por calumnias contra Lynne, ni los millones de Talbot lograrán sacarle esta vez de la celda. Está insinuando que podría ser un falsificador, un intrigante, estar relacionado ilícitamente con Karin Talbot... ¿Se me ha pasado algo más por alto, Slade?

—Algo muy importante —afirmé, camino de la salida de la oficina

policial—. He dado a entender, teniente Munro, que Douglas Lynne podría, incluso, haber sido el asesino de Jason Talbot, hace siete años..., y ser el padre del niño al que pretenden convertir en heredero de la fortuna que me fue legada.

—¡Slade! —rugió Munro, cuando yo salía ya al corredor—. ¡Si repite eso a alguien, es posible que no salga de prisión en diez o veinte años! ¡No sea loco, no cometa imprudencias así!

—¿Imprudencias, dice? —reí huecamente, cerrando la puerta—. ¿Cómo le llamaría usted al hecho de salir a la calle, sabiendo que los asesinos a sueldo le buscan a uno por encargo de alguien, sin disponer siquiera de un cortaplumas para defenderse?

Cerré de golpe, airadamente. No escuché más la voz del teniente Munro pero estaba seguro de no haberle dejado tranquilo, ni mucho menos.

Avancé, calle adelante, hacia donde dejara aparcado mi coche. Usaba ahora el "Aston Martin", debidamente blindado para protegerme de cualquier riesgo, en tanto permaneciera dentro.

Cuando el automóvil color guinda se aproximó a mí, giré en redondo, temiendo de nuevo lo peor. Pero esta vez no era un asesino a la caza de mi piel.

Vi al volante una cara conocida, encuadrada en rubios cabellos. Y detrás de ese volante, emergiendo poderosamente como siempre, el prominente seno de la cuñada de Karin Talbot, Stella Pierce.

Me sonrió y abrió la portezuela, inclinándose para ello de tal modo que su escote me dejó sin aliento.

—Hola, Slade —me saludó, amistosa, guiñándome un ojo—. ¿Entra, por favor?

Naturalmente, entré. Podía ser otra trampa mortal. Pero el cebo valía la pena esta vez.

CAPÍTULO II

—Es una gran casualidad encontrarse dos personas en San Francisco.

—¿Usted cree que ha sido una casualidad?

Me miraba de soslayo, sin dejar de conducir el coche color guinda entre el denso tráfico de Market Street, en su cruce con la Segunda y la Tercera Avenida. Yo la miré a ella. Sonreímos.

—No —confesé con un suspiro—. Imagino que no. ¿Cómo supo dónde hallarme?

—Karin me lo dijo. Parece que ella sabe todos sus pasos, y los sitios que frecuenta.

—Ya. Mi amistad con algunos policías no constituye un secreto. Especialmente, para ciertos amigos influyentes de su astuta cuñada, señora Pierce.

—¿Se refiere a... Douglas Lynne?

—Me refiero a Douglas Lynne —asentí, seco.

—Sí, supongo que él se lo diría. La está ayudando mucho en todo esto, contra usted.

—Era de suponer —apreté los labios, sintiendo deseos de aplastar a Lynne, como se podría hacer con una cucaracha—. Y usted, ¿qué pinta en todo esto?

Stella Pierce detuvo el coche en un semáforo, a la altura de Maiden Lane. Esperó a que cambiara el rojo, encendiendo un cigarrillo. Yo rechacé el que me ofreció. De reojo, me era posible descubrir sus turgencias increíbles. También tenía unas bonitas piernas. Y la falda era muy corta.

—Quería hablar con usted —murmuró—. No estoy de acuerdo con Karin.

—Vaya... —la miré abiertamente ahora, procurando que mis ojos no pasaran de su rostro hacia abajo. Confieso que no era tan sencillo como parece—. Eso podría ser una buena carnada para que yo picase, señora Pierce.

—No me llame así. Prefiero que use mi nombre. Stella no es feo.

—No, no es feo..., Stella —suspiré—. Pero eso podría formar parte del cebo.

—¿No se fía de nadie, Slade?

—Casi de nadie. Y menos, de los amigos de mis enemigos.

—Yo no soy un cebo. No estoy aquí para que me muerda.

—Lástima... —reí entre dientes—. Sería lo mejor de la trampa, Stella.

—Muy gracioso —pero, pese a su tono de reproche, al vi reír también—. Slade, me cae usted simpático. Créalo o no. ¿Quiere que vayamos a algún sitio discreto, donde podamos charlar los dos a solas, tranquilamente?

—Es usted una mujer casada, Stella.

—Por eso se lo digo —sonrió—. Conrad no es celoso. Pero no le gustará verme con otro hombre. Y menos, si ese hombre es Ryan Slade.

—¿Está junto a su hermana en este juego, tal vez?

—¿Mi marido? Sí. Incondicionalmente. El dinero hace milagros, Slade.

—Dígamelo a mí —resoplé—. Supongamos que acepto ir a ese sitio discreto y hablamos los dos a solas. ¿De qué espera hablarme para ganarse mi interés?

—En primer lugar, de Karin. Del niño. De Talbot, de mi marido, de Lynne...

—Eso es terriblemente tentador —asentí—. ¿Y... en segundo lugar?

Me miró extrañamente. Vi su lengua humedeciendo lentamente los labios carnosos. Sus ojos tuvieron un destello.

—De usted. Y de mí —susurró.

—Hecho —dije, rápido—. Vamos allá. Yo elijo el sitio. ¿De acuerdo?

—Lo que diga, Ryan —la oír susurrar.

Y aceleró, siguiendo el rumbo que yo le indicaba.

* * *

Debo reconocer que Stella era verdaderamente cautivadora. Uno no se libra fácilmente de su encanto, la verdad.

Pero yo tenía algo más que hacer que disfrutar de su compañía.

Quizá por ello se sintió un poco defraudada cuando me incorporé, disponiéndome a abandonar el motel adonde la condujera, tras haber visitado un restaurante de moda.

—Le aburro —suspiró cansadamente—. Y ahora busca un pretexto para largarse.

—Esto es algo más que un pretexto —dije—. Me has dicho que no crees que el niño sea hijo del joven Talbot. Yo tampoco lo creo. Pero esas cosas hay que probarlas, y también has admitido que Douglas Lynne tiene mucha amistad con tu cuñada Karin. Lynne tiene amigos importantes. Y abogados, notarios y hasta médicos que afirmarán, sin sonrojarse, que el heredero de los Talbot es legítimo. Las pruebas se inventan. Conozco esa clase de manejos de la gente como el

comisionado Lynne. Lo más sucio del mundo es la política. Y después, un vertedero de basuras.

—Todo eso fue antes —me dijo, y añadió, maliciosamente—: Luego no pareciste muy apresurado, Ryan...

—Bueno, el que tenga prisa no quiere decir que sea idiota, preciosa —suspiré—. Ni desagradecido tampoco. Por eso te he concedido un tiempo que, quizá, sea precioso para otras cosas.

—¡Bastardo! —chilló ella, irritada, tirándome una almohada—. ¡Te juro que nunca más confiaré en ningún hombre, y menos en un detective privado que salió de la miseria para gozar de una pila de millones llovidos del cielo!

—Que una chica como tú me llame bastardo no importa mucho —reí—. Lo he oído en labios mucho menos amables y gratos que los tuyos, y eso sí me enfureció... De todos modos, querida Stella, recibirás un valioso regalo en tu casa. Dime a qué hora estás en ella y un emisario mío te llevará una joya digna de ti.

—Oh, amorcito... —cambió rápidamente, poniéndose melosa y buscándome con sus brazos. La eludí, y ella hizo un mohín de disgusto, contemplándome airada—. Bien, inteligente señor Slade, tal vez te interese saber que hubo algo más que no te dije, pese a todo...

—¿Ocultaste algo? —arrugué el ceño. La miré, irritado—. Eso estaría mal, preciosa...

—Oh, no tiene mucha importancia. Ya sabes lo que ella te va a decir, amorcito. Sólo anda tras tu dinero y se inventará lo que sea, con tal de obtenerlo...

—¿A qué te refieres?

—A Karin, mi astuta cuñada... Me dijo que quería verte. Te dejaría un mensaje en un sitio determinado de Hyde Street... Creo que en la Agencia de Mensajerías Acme, a tu nombre... Seguro que te quiere proponer alguna otra cosa, para llegar a un acuerdo...

—Debiste decirme eso antes —rezongué, camino de la salida del bungalow alquilado en el motel—. Puede ser importante, cariño.

—Al diablo con Karin y sus intrigas —me miró como si aún no hubiéramos pasado juntos todo aquel tiempo—. ¿Es que ella no puede esperar un poco más?

—Tal vez no —negué, preocupado—. Otra cosa, amor, yo también te dejaré el regalo de esas mensajerías de Hyde Street. Es más seguro que enviártelo a casa...

—Bah, no importa demasiado. A Conrad le preocupa el dinero, no yo... Cariño... ¿No te quedas un rato más?

No le contesté. Abandoné el bungalow encaminándome a la salida del motel. Allá atrás, Stella Pierce, la rubia exuberante, volvió a llamarme “bastardo”. Era lo menos que podía hacer, pensé riendo.

Unos veinte minutos más tarde, estaba en Hyde Street, en el centro

urbano. Las Mensajerías Acme me dieron el mensaje.

Podía ser otra jugarreta de la astuta y desaprensiva Karin Talbot, ciertamente. Dentro del sobre, dirigido a mi nombre, con letra nerviosa, el mensaje no resultaba muy explícito, pero tenía cierto cariz melodramático, que podía ser real o fingido:

“Señor Slade: Las cosas han cambiado bruscamente. Existe peligro. Estoy muy asustada. Algo marcha mal. Por favor, ayúdeme. Estoy dispuesta a renunciar a todo, si me ayuda. Estoy en sus manos. Venga a mi casa lo antes posible. No avise a nadie de esto.

Por favor. Tengo miedo. Suya:
Karin”.

Claro que podía ser un buen cebo para una ratonera torpe y nada original. Pero, de repente, yo también sentí miedo a algo, sin saber por qué.

Mientras averiguaba las señas de la mujer que estuviera casada con Talbot junior, maldecía interiormente a Stella Pierce, por haberse demorado en darme el encargo de su cuñada. Aquel retraso podía significar mucho, si las cosas se ponían difíciles para Karin, y no era todo un engaño para llevarme a mí derechito a una sucia trampa.

No resultó difícil localizar las señas exactas de la viuda. San Francisco es una ciudad donde, con buen olfato, se puede encontrar a cualquiera. Y para una cosa así no hacía falta ser un prodigio de detective.

Conduje mi automóvil hacía Telegraph Hill, donde figuraba el domicilio oficial de la dama aparentemente en apuros. Cerca de Colt Memorial Tower se iniciaba una corta hilera de pequeños chalets o residencias rodeadas de jardines, no demasiado ostentosas, pero con una bella vista hacia Pioneer Park. Una de aquellas residencias era la de Karin Talbot, de soltera, Karin Pierce.

Detuve el coche en un aparcamiento inmediato a los últimos edificios. No se podía ir en automóvil hasta el final, debido a que la empinada cuesta se hallaba en obras en el tramo último.

Eché a andar hacia el edificio número 212, que era el correspondiente a Karin. No había dado aún una veintena de pasos cuando me detuve en seco.

Acostumbro a hacerlo, si noto algo metálico y rígido contra mi espalda. Sobre todo, si ese algo tiene la forma de un cañón de pistola o cosa parecida. Esta vez era demasiado parecido para no pensar en ello.

—Así es mejor —dijo una fría voz a mi espalda—. No me gustaría agujerearle, Slade.

Maldije interiormente mi exceso de confianza, al caminar sin

precauciones, pensando que nadie me había seguido. Después de todo, quizá fuera así. Pero si no me habían seguido, al menos me habían estado esperando en los alrededores, lo cual venía a ser casi lo mismo, y con muy parecidas consecuencias para mi pellejo.

Aquello, como pareciera en un principio, podía ser muy bien una cochina trampa. La trampa montada por Karin para mí. Sus inicios no podían ser más elocuentes.

No intenté volverme, porque el tipo que me amenazaba podía ponerse nervioso, o no ser muy amigo de iniciativas ajenas. Esperé, algo rígido, mientras el arma seguía apoyada en mis costillas con rudeza. Una mano buscó mi propia arma. Y parecía saber muy bien dónde buscarla. Me despojó de ella, pues yo no había renunciado a llevarla.

—Ahora siga siendo un buen chico, Slade —me aconsejó—. No me gustaría apretar el gatillo. No por el ruido, ya que llevo silenciador, sino por no manchar su traje inútilmente...

Hablaba como un maldito rufián, y posiblemente lo era. También lo había sido anteriormente otro tipo interesado en eliminarme. Un tipo al volante de un coche asesino. Ahora, la técnica había cambiado.

—¿Qué esperas que haga, amigo? —murmuré entre dientes.

—Todo lo que yo le ordene, Slade. Es por su bien. Eche a andar. Pero calle abajo otra vez. Será mejor que obedezca enseguida. Acostumbro a ponerme nervioso cuando me llevan la contraria.

—Sí, lo supongo —di media vuelta, y me moví hacia el aparcamiento donde dejara mi propio coche, con el tipo pegado a mi espalda. Le vi de soslayo. Sufrí cierta decepción. Era un vulgar pistolero, un matón a sueldo. No tenía personalidad. Y, a juzgar por su cara de boxeador “sonado”, ni siquiera inteligencia.

—Ahora desvíese un poco hacia la derecha. Eso es. A aquel coche. Tenemos que hacer un corto viaje, amigo.

—Lo imagino —refunfuñé—. ¿Al fondo de la bahía o a las afueras, donde nadie vea nada?

—Habla demasiado. Suba y calle.

Obedecí. No podía hacer otra cosa. Mientras tanto, mi mente funcionaba a toda presión, en busca de algún procedimiento para salir de aquel apuro. Cuando llegamos al coche señalado por el tipo, empecé a perder las esperanzas. Había otro al volante, con gesto aburrido y gafas de sol sobre su cara de imbécil. Bajo su chaqueta adiviné también un arma.

Me hicieron subir al compartimento posterior, y mi aprehensor me siguió, acomodándose a mi lado y poniendo su pistola contra mi costado. Observé que no mentía. El tubo del arma se prolongaba notablemente son un tubo silenciador, que amortiguaría notablemente el disparo. Lo suficiente para liquidarme en cualquier momento, sin

que nadie se enterase de nada.

El coche se puso en marcha. El secuestro parecía un éxito. Era posible que, además de pensar en eliminarme, tuviera la peregrina idea de pedir rescate por mí. Había llegado a olvidar que era un tipo cargado de dinero. Sin duda, era debido a la poca práctica como tal. Aún era muy pronto para habituarse a ciertas cosas, aunque, a juzgar por los sucesos, podía ser también tarde para todo.

—De modo que todo era una trampa —dijo hoscamente—. Sabíais que vendría, me esperabais por los alrededores... ¡y zas! Caí en el cepo como un tonto, ¿no es eso?

Mi captor mantuvo un silencio sorprendente, como si nada de todo aquello fuese con él. Malhumorado, proseguí por otro camino:

—Ahora soy un individuo muy rico. Puedo, incluso, comprar mi libertad a un alto precio. ¿Qué tal si me dejáis tranquilo, a cambio de una buena suma? Digamos... cien mil dólares. Para cada uno, claro. Pongamos el doble. Es un buen precio por un tipo tan averiado como yo, muchachos.

Mi compañero me dirigió una mirada triste. El que conducía clavó sus ojos en mí a través del retrovisor y de los oscuros vidrios de sus gafas.

—Cierre el pico, Slade —me ordenó el primero—. No haga las cosas más difíciles.

—¿Difíciles? —gruñí—. Estoy hablando en serio. Poseo muchísimo dinero, y sé valorar mi vida generosamente. No os podrá pagar nadie tanto como yo, amigos.

—Lo sé —suspiró el pistolero—. Ryan Slade, sabemos quién es. Pero quizá usted sepa también quién es Paul Daley. ¿O no? ¿Disfrutaríamos mucho tiempo de ese dinero si le dejáramos libre, muchacho? Sabiendo, desde luego, que ha sido cosa de él, que viniéramos a buscarle...

Apreté los labios, impresionado. Le miré, ceñudo. El pistolero, afirmó despacio, lastimeramente. El conductor refunfuñó, sacudiendo la cabeza:

—Las órdenes fueron ésas —corroboró—. Tenemos que llevarle a su presencia, de un modo u otro. Inmediatamente. Si no lo hacemos, ni Micky ni yo viviríamos para contar un solo dólar de tan generoso rescate, amigo.

Asentí en silencio. Tenían razón.

Paul Daley era algo más que un hampón peligroso en San Francisco. Se decía que era el presidente del Sindicato del Crimen, en la ciudad. Y tenían razón.

Ya no intenté sobornar a mis secuestradores ni una sola vez más. No valía la pena. Nadie en la ciudad se arriesgaría a desafiar una orden de Paul Daley. Ni siquiera yo...

—Vaya, vaya, con el amigo Slade... No acostumbro a recibir visitas de personas tan famosas y tan ricas... Es un verdadero honor para mí...

Miré, pensativo, al hombre que hablaba de ese modo. En los acuarios que nos rodeaban por doquier, peces de mil colores se movían, como en una sinfonía radiante de bellísimos colores. Las aguas, coloreadas y bien iluminadas, fingían marítimos en miniatura. Algunas de esas enormes peceras murales estaban dedicadas a crustáceos de sabrosa carne y feo aspecto, como langostas, bueyes de mar y cangrejos.

Estaba ocupado en dar la comida a cada grupo de animales marinos, en medio de aquel ingente acuario que le rodeaba, en su residencia marítima de Fisherman's Wharf, frente a las aguas del Pacífico, rodeado de embarcaderos por doquier.

Alrededor nuestro, aparte las criaturas del mar, ni un solo ser viviente. Ni uno de sus esbirros armados. Era como si estuviese visitando a un magnate caprichoso e inofensivo. Pero yo sabía que la sonrisa apacible y la figura regordeta y afable no eran sino una simpática máscara engañosa. Un simple gesto, un golpe, una señal determinada, bastarían para que sus pistoleros brotaran hasta de los acuarios, dispuestos a liquidar al que osara poner en dificultades al gordinflón y risueño Paul Daley, prohombre del hampa de San Francisco.

—Yo diría que la visita ha sido algo forzada, ¿no crees? —dije fríamente, contemplándole mientras deslizaba los alimentos para las langostas, a través de un conducto paralelo a aquel otro que limpiaba y renovaba las transparentes aguas en los recipientes de grueso vidrio.

—Bueno, a veces son así las cosas —suspiró, encogiéndose de hombros—. Tenía ganas de charlar contigo, Slade. Te has hecho importante de la noche a la mañana, ¿eh?

—No fue culpa mía. Esperaba pasar una larga temporada a la sombra. De repente, a alguien se le ocurrió la chifladura de nombrarme su heredero. Y aquí estoy...

—Seguro que a algunas personas no les habrá gustado demasiado ver a un tipo como Ryan Slade convertido en una especie de rey Midas, ¿verdad? —rió entre dientes.

—Seguro, Daley —admití—. ¿Estás tú entre ellas?

—Oh, qué tontería... —agitó una mano, quitando importancia a la cuestión—. Yo no entro ni salgo, y deberías saberlo, y deberías saberlo, si tan buen detective te consideras, Slade.

—Fue Talbot el que me consideró buen detective. Lo suficiente para

cobrar millones por resolver un solo caso. Quizá se equivocó.

—Quizá —Paul Daley me miró risueñamente, enarcando sus cejas. El rostro gordinflón era la imagen misma de la benignidad. Cualquiera, viéndole así, le hubiese nombrado miembro de honor de cualquier sociedad benéfica—. Pero si yo quisiera deshacerme de ti, Slade..., no fallaría. No acostumbro a hacerlo. Mi trabajo es eficaz siempre... Tengo un prestigio, como tú tienes el tuyo.

—Lo sé. ¿Me has hecho venir para convertirme en alimento para tus peces?

—Oh, Slade, eso es una grosería —se irritó—. No puedes ser tan necio. Si quisiera, no necesitaría rodear tu muerte de adornos inútiles. Te haría matar, y asunto concluido.

—¿No lo has intentado ya dos veces?

—¿Ese atentado en tu piscina y el coche en la carretera? —se encogió de hombros—. Por Dios, Slade... Trabajo de aficionados. Por eso te hice venir. Dime: lo que Talbot esperaba que resolvieras..., ¿es la muerte de su hijo?

—Y la posible supervivencia de Franklyn Forrester —asentí.

—Ya. Él creía que había relación entre las dos muertes, ¿no?

—Evidente —asentí, mirando curiosamente a Daley, mientras terminaba su minuciosa tarea de alimentar a su notable y costoso pudo ser, ¿Daley? Los que me atacaron eran esbirros, eso es evidente.

—Claro. Gente a sueldo. Pero no todo el mundo es tan eficiente como mi personal especializado, Slade.

—Supongamos que te creo. ¿Por qué te interesas, entonces, en el caso?

—Me disgusta no conocer a las personas que trabajan en mi propio terreno, Slade. Ando detrás de un misterioso individuo que opera en esta ciudad. ¿Lo sabías?

—¿Cómo puedo saberlo? —me sentí intrigado, de repente. Le seguí hacia los embarcaderos, donde se alineaban yates, pesqueros y canoas a motor. El club náutico regentado por Paul Daley era un negocio legal, cuando menos. Él era demasiado listo para mezclarse en contrabandos y cosas así. Su otro negocio era el crimen organizado, a sueldo de importantes clientes.

—Ese misterioso caballero pretendió alquilar mis servicios una vez. Pero no daba la cara. No quería decir quién era. Trabajo anónimo, ¿entiendes? Nunca me ha gustado ignorar con qué clientes trabajaba. Mi discreción es absoluta, claro. Pero quiero saber quién me paga. Ese personaje se negó a presentarse personalmente. Se hacía llamar “míster Clanton”, pero el nombre olía a engaño a distancia. Rechacé el encargo. Supongo que debió recurrir a otras personas. A gente aficionada que no sabe bien su oficio.

—¿Y ese trabajo era...?

Daley me miró fijamente. Se detuvo en las tablas de uno de los embarcaderos junto a un surtidor de gasolina para las canoas. Me sonrió enigmáticamente y hundió sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—Matar a Ryan Slade —me informó escuetamente.

CAPÍTULO III

El Club de Fisherman's Wharf quedó atrás. Con sus viveros de peces y crustáceos, con sus embarcaderos de lujosos yates y canoas, no lejos de pesqueros italianos de los que faenaban en las costas habitualmente. Y con Paul Daley en el interior, como propietario de un honesto negocio, fachada de otros mucho más inconfesables.

El taxi me llevaba de regreso a Telegraph Hill. Yo iba sumido en mis pensamientos, sin entender todavía cómo se podía salir vivo de las garras de Paul Daley y del Sindicato. Preguntándome quién podía tener tanto interés, en aquella ciudad, por borrar del mundo de los vivos a un tipo llamado Ryan Slade...

El encargo que no aceptara el sindicato criminal de Daley, alguien lo había admitido, cometiendo dos errores, al intentar ejecutarme. De haberlo intentado Daley, ahora estaría muerto y bien muerto. El Sindicato no acostumbraba a fallar esa clase de trabajos.

Debía sentirme agradecido hacia Daley. Después de todo era un tipo peligroso para tenerlo como enemigo. Ahora, de regreso al centro de la ciudad, iba dándole vueltas a lo que me había referido él, durante mi "visita" a sus instalaciones costeras.

Evidentemente, el testamento de Randolph no sólo me había proporcionado millones de dólares, sino también de quebraderos de cabeza. Apenas fue nombrado heredero del viejo millonario de Talbot. ¿O quizás el temor a que descubriese algo muy oculto, bajo las muertes del joven Talbot y del magnate Forrester?

Daley estaba interesado en saber quiénes le hacían la competencia en San Francisco, ejecutando por encargo. Esto era como un acuerdo mutuo. No se cruzaría en mi camino, mientras yo estuviera dispuesto a colaborar en descubrir a mis asesinos, cosa que me interesaba en algo grado, por mi propio beneficio.

Por eso había enviado a sus hombres a aguárdame cerca de casa de Karin Talbot. Él sabía que la persona más interesada en deshacerse de mí era ella. Conociendo este hecho había montado una discreta vigilancia en torno suyo, a la espera de que ambos estableciéramos contacto, para apoderarse de mí y tener una charla conmigo, como había ocurrido. De fallar eso, otros hombres de Daley me hubiesen localizado y capturado, en cualquier otra forma y lugar. Sus tentáculos llegaban a todas partes.

Karin podía ser el misterioso "señor Clanton". Daley no deseaba

la posibilidad de que el tal “Clanton” fuese una mujer. A fin de cuentas, nada sabía de ese presunto cliente anónimo, salvo el nombre que se hacía dar, sin mostrarse jamás personalmente y actuando, según me contara, con suma habilidad, a través del teléfono, mensajes escritos a máquina, o a través de intermediario, que sólo le había visto encapuchado, y sin casi escuchar su ronca voz, en un edificio que resultó ser de alquiler, y donde ya no vivía nadie, cuando Daley envió allí a sus sabuesos armados.

Era curiosa la ética de Paul Daley, como Presidente de un Sindicato del Crimen. No quería trabajar para clientes anónimos. Él necesitaba saber siempre quién le contrataba y para qué. Me pregunté cuántas cosas sabría de muchas personas aparentemente honorables, en aquella y otras ciudades del país...

Ahora, ya sabía yo que el misterioso “míster Clanton” deseaba su muerte. Era su objetivo fundamental, desde que abandonara la cárcel del Estado. Habría que tenerlo muy en cuenta.

Personalmente, ignoraba si Karin sería mi adversario anónimo. Para mí, había otros sospechosos, aparte de ella misma. Por ejemplo, su hermano Conrad. Y un buen amigo de ambos, llamado Douglas Lynne, Comisionado de San Francisco.

Daley me había devuelto el arma que llevaba. Iba a hacerme falta si, realmente, andaban unos pistoleros por la ciudad, con el encargo de asesinarme. Ahora sabía que debía ir siempre en guardia, siempre vigilante. Un detective privado está habituado a proteger a alguien la vida, a cuidar de la integridad física de otros. Pero lo original de este maldito caso es que, además de ser yo el investigador, era la posible víctima del crimen.

—Empiezo a pensar que se estaba muy tranquilo en aquella celda —gruñí entre dientes, haciendo que el taxista me mirase, perplejo, a través del retrovisor, al ver que llevaba un viajero capaz de hablar solo—. ¿Por qué se le ocurriría al viejo Talbot cambiar mi destino?

Pero eso no tenía ya remedio. Había que aceptar las cosas como eran. Y no volver la mirada atrás. El camino que me quedaba por delante era demasiado escabroso y difícil para permitirse semejantes lujos.

Poco después, el taxi me dejaba en las proximidades de la vivienda ajardinada de Karin Talbot. Empezaba ya a oscurecer. Mi visita a la viuda del joven Talbot se había demorado mucho, entre unas cosas y otras.

Mientras no fuese demasiado tarde...

Lo era, por desgracia. Unos momentos después, encontraba el cadáver de Karin Talbot, entre los setos de su jardín, junto al porche de la residencia de Telegraph Hill. La puerta de la casa estaba abierta de par en par. Había muebles de hierro esmaltado, derribados por el

jardín, como si hubiese habido una lucha feroz.

Karin tenía el rostro amoratado y un pañuelo de seda, de color rojo, se anudaba a su garganta, hinchándose fuertemente en su carne dilatada.

La habían estrangulado.

* * *

—¡Estrangulada! ¡Usted, usted lo hizo, maldito bastardo...! ¡Le mataré, canalla! ¡Le mataré con mis propias manos, puerco...!

No tuve que golpearle para detener su ataque. Se ocuparon de ellos dos de los hombres de Departamento de Homicidios. El teniente Andrew Munro contempló, pensativo, al hermano de Karin. Luego me miró a mí, en tanto sujetaban dificultosamente al enloquecido Conrad.

—¿Qué me dice de eso, Slade? —preguntó suavemente.

—¿A qué, teniente? —quise saber, con expresión inocentona.

—De sobra lo sabe. ¿Qué opina de esa grave acusación?

—Es una insensatez. ¿Por qué había yo de hacer daño a Karin Talbot?

—Hay millones de razones que responden a esa pregunta —suspiró el teniente—. Millones de razones, llamadas billetes de Banco, Slade. Y usted los sabe.

—Teniente, yo soy el heredero legal de Talbot, por el momento. Ella sólo reclamaba unos derechos que todavía están por probar.

Mis palabras tuvieron la virtud de enfurecer todavía más a su hermano. Forcejeó, congestionado, clavando en mí sus ojos iracundos, entre los dos vigorosos agentes del teniente Munro. Su voz era un bramido de ira:

—¡Ella lo hubiera probado! ¡Incluso yo puedo probarlo aún, y enviar a ese hombre a la cámara de gas, maldito sea! ¡Es él quien ha asesinado a mi hermana y..., no contento con eso, incluso ha raptado a mi sobrino, para asesinarle, sin duda, en cualquier lugar!

—Llévenlo a otro sitio, y traten de calmar a ese hombre —habló con aspereza Munro—. No quiero más escenas aquí. En cuanto al niño desaparecido, ignoramos aún si ha sido secuestrado o escapó, asustado de lo que sucedía. Lo cierto es que el pequeño vivía con su madre. Y que ahora no está allí...

Asentí, ceñudo. Me había enterado de eso, después de encontrar el cadáver de Karin. Un niño de ocho años había desaparecido misteriosamente. No se podía olvidar que era la base de todas las reclamaciones de su madre a la fortuna de los Talbot. No podía negarse que todo ello contribuía a poner más difícil mi situación.

Para Conrad Pierce, el hermano de Karin, era muy fácil acusarme. Todos los indicios me señalaban a mí. En teoría, sólo Ryan Slade se

beneficiaba con aquel absurdo crimen. El mensaje de Karin no significaba gran cosa, excepto que ella me estaba esperando, y nunca pudo sospechar que yo fuese un asesino. Era la versión de su hermano. Ignoraba si Munro estaba de acuerdo con él, en ese sentido, pero su modo de mirarme no dejaba de ser receloso.

Caminamos por el jardín. Ya se habían llevado el cuerpo de la joven de las piernas bonitas. En su lugar, sobre la tierra, una silueta, en tiza, era iluminada por los faros de un coche policial, allí donde Karin yacía, al encontrarla yo. Agentes especializados buscaban, dentro de la casa, posibles rastros que indicasen el actual paradero del niño.

—Slade, ¿me está ocultando algo?

Miré a Munro. Moví la cabeza negativamente.

—Teniente, le he contado todo lo que sé —dije—. ¿Es que, realmente, va a creer las palabras de ese hombre, el hermano de la víctima? Está como enloquecido. No sé si lo que le enfurece tanto es haberla perdido a ella... o el temor a que se esfume su posibilidad de ser rico. Su esposa me dijo que él sólo piensa en el dinero...

—¿Su esposa? —enarcó las cejas Munro, consultando una notas de su agenda—. Stella Pearce, ¿no es eso? Una dama rubia, bastante llamativa...

—Sí —desvié la mirada—. No parece muy feliz con Conrad. Él se preocupa más de sus ambiciones económicas que de la mujer que tiene a su lado. Es un mal genérico en nuestra sociedad, teniente. Eso produce frustraciones en las mujeres.

—Ya. Y buscan alivio a sus penas en otras partes —suspiró Munro, estudiándome con aire sospechoso—. Se ha vuelto usted muy sociólogo, Slade. ¿Por qué ha mencionado todo eso?

—Oh, por nada en concreto —me encogí de hombros—. Es algo que define a Conrad Pierce. Está furioso porque ve en peligro sus ambiciones, no por simple dolor fraterno, podría jurarlo. Hubiera sacrificado a su hermana y a su esposa por un puñado de billetes.

—¿Sugiere, incluso, la posibilidad de que él fuese... el asesino de su hermana?

—Dicho así, teniente, resulta monstruoso. Pero si discute con alguien, por muy familiar suyo que sea, de cuestiones económicas, no me sorprendería que fuese capaz de llegar a la violencia, pelear... A veces se han cometido fratricidios así, por un impulso violento.

—En suma: sospecha de Conrad Pierce. ¿Es un desquite, Slade?

—No sospecho de él, teniente —rectifiqué—. Digo que no se le puede descartar, eso es todo. Recuerde que el niño no está. Pudo huir, asustado... o ser secuestrado. O le asesinaron, y se llevaron su cadáver.

—Si el niño vive, Conrad aún tiene posibilidad de heredar. Muerto el pequeño, se evapora su última esperanza.

—Yo no creo que el niño sea hijo auténtico de Talbot. Incluso tengo mis sospechas sobre la posibilidad de que fuese reconocido legalmente por el hijo de mi benefactor.

—Claro —rezongó Munro, mirándome receloso—. ¿Qué va usted a decir?

—Teniente, no sea así. Yo no soy ningún monstruo. Si ese dinero corresponde legalmente a otro, compartiré gustosamente la fortuna con él, sin necesidad de pleito alguno. Pero detrás de ese dinero hay un viejo crimen, quizá dos. En tanto no sepamos quién mató al joven Talbot, no me sentiré tranquilo. Pienso, teniente, que, aunque hace siete años de esa muerte, el asesino pudo actuar ya entonces con la vista fija en el futuro, en un crimen con resultados positivos a larga distancia, para el día que muriera el viejo Randolph Talbot...

—Demasiado complicado, Slade —rechazó Munro—. Nadie asesina a varios años vista.

—Es sólo una posibilidad más. De cualquier modo, me gustaría encontrar vivo a ese niño. Por encima de todo, y antes de que pueda haber más víctimas...

—De cualquier modo, Slade, es sospechoso en este caso, y que nuestra amistad de nada sirve. No abandone la ciudad sin avisarnos. Yo voy a buscar a Stella Pierce para hacerle unas preguntas. ¿Piensa usted hacer algo, mientras tanto?

—Sí —suspiré—. Seguir trabajando para un cliente muerto. Y también tratar de encontrar al que mató a esa chica. Ella tenía miedo. Confió súbitamente en mí. Me siento un poco responsable por haber llegado tarde a su cita. Pude haberla salvado la vida... y ahora está muerta. Sí, teniente. Creo que buscaré a su asesino, aunque nadie me pague por ello. Es lo menos que puedo hacer por una mujer que, siendo adversario mío, sólo confió en mí en el momento de sentirse alarmada por algo...

Dejé al inspector Muro sumido en sus meditaciones, y me encaminé a mi automóvil resueltamente. Fue entonces, al detenerme para abrir la puerta de madera barnizada de verde, que daba acceso a la empinada calle en obras, cuando descubrí aquello.

No antes, al llegar y encontrar sin vida a Karin Talbot, ni después, con Munro y los demás policías, había advertido su presencia, tal vez porque quedaba en una zona de sombra, bajo un seto de la entrada. Ahora, el reflejo de un faro del coche de la policía hacía destacar su superficie satinada.

Me incliné y tomé la cartulina, rectangular y de pequeño tamaño. Era de un color suavemente cremoso e impresa en relieve.

Leí la dirección de la casa en que me encontraba. Y el nombre de ella: Karin Talbot.

Una tarjeta de visita de la mujer asesinada. Sólo eso. Iba a

guardarla, como un simple recuerdo, cuando al mover la cartulina descubrí las breves letras escritas detrás, con letra mayúscula, apresurada, pero evidentemente de trazo femenino:

“North View, 2.046. Oakland. San Francisco”.

Era todo. Una simple dirección. Pero debajo, terminando el apunte, trazadas con menos fuerza, había dos letras, dos iniciales escritas por la misma mano e idéntico bolígrafo: “F.F.”.

No dudé lo más mínimo. Guardé la tarjeta en el bolsillo. Me precipité hacia mi coche, actualmente blindado. Poco después arrancaba velozmente, hacia The Embarcadero, en busca del ferry hacia Oakland.

Porque, a fin de cuentas, podía no significar nada. Pero F.F. seguían siendo, al menos para mí, las iniciales de Franklyn Forrester, el hombre oficialmente muerto siete años antes. Y a quien, sin embargo, el viejo Talbot quería que yo encontrase..., vivo o muerto, en la actualidad.

* * *

North View, en Oakland, no resultó ser precisamente un lugar adecuado para buscar a un multimillonario como Franklyn Forrester. Distaba mucho de ser un buen distrito. Los edificios eran viejos y mal cuidados, próximos a la bahía, en una zona húmeda y triste.

El número 2.046 correspondía exactamente a... un almacén de material marino. Un lugar donde uno podría comprar faroles, impermeables marinos, áncoras, sextantes, brújulas y todo cuanto puede necesitar un barco. Tenía una sola planta para el negocio, y otra, arriba, para vivienda, con los postigos encajados y aspecto de no estar habitado desde hacía tiempo.

La tienda estaba abierta, con una iluminación lamentable, que no hacía sino realzar lo sombrío y poco agradable, que no hacía sino realzar lo sombrío y poco agradable de aquella zona portuaria. Empujé la puerta. Tintineó una campanilla en alguna parte del establecimiento, más allá de una serie de cordajes y velas para balandros, pero nadie acudió, de momento, a atenderme.

Esperé, apoyado en un polvoriento mostrador, junto a una maqueta de un barco de los mares nórdicos, contemplando una serie de banderas de señalización marina. Impaciente, al no acudir nadie, golpeé sobre el mostrador. Luego elevé la voz:

—¡Eh! ¿Es que no hay nadie por aquí? ¡Respondan!

Ni respondieron ni asomó nadie por la tienda. Sólo capté un roce a

mi espalda, entre una serie de cordajes y timones, y me volví rápido, empuñando mi arma.

Me reí de mí mismo. Un gato negro pasó entre los objetos de la tienda, huidizo y con el pelo erizado. Se perdió por la puerta que yo dejara abierta al entrar, desapareciendo en las sombras de la calle.

Decidido a ver si aquel edificio estaba abandonado o no, me moví hacia el fondo de la tienda. Había un pequeño compartimento, dedicado a despacho, con libros de contabilidad, catálogos, folletos y numerosos grabados de embarcaciones y escenas marinas colgando de los polvorientos muros.

Tampoco allí había nadie.

Mis ojos se dirigieron a una escalera de caracol inmediata, que se perdía en la planta alta. Dudé un momento, antes de decidirme. Luego, cargué con una lámpara portátil, con pilas, que se encendió al presionar el botón.

Con esa luz en una mano, y mi pistola en la otra, avancé resueltamente. Subía la escalera de caracol, escalón a escalón. Crujieron los peldaños bajo mis pisadas, como quejándose de su propia vejez y abandono.

Alcancé el piso alto, totalmente en sombras. El aire olía a cerrado, a abandono y a humedad. Tanteé, buscando el interruptor de la luz, pero no lo encontré. Barrí con la claridad de la linterna eléctrica todo el corredor en sombras.

Descubrí una sola puerta abierta, al fondo. Sin señal alguna de vida humana en todo el piso. Era sorprendente que dejaran así, abandonado, un negocio y una casa, por viejo que fuese todo.

Por fin encontré un interruptor de luz junto a la puerta, tras recorrer todo el lóbrego pasillo. Lo accioné.

Una luz difusa, pálida, brotó del interior de aquella habitación. Me acerqué, arma en mano, con un dedo en el gatillo. Asomé, decidido.

Me encontré con el hombre, cara a cara. Estuve a punto de dar un grito de sobresalto.

Porque un hombre no se asusta nunca por ver a otro sentado en un sillón. Pero si, además de aparecer sentado, al parecer, en uno, y por el rostro le corre un reguero de sangre, procedente de un destrozo en su cráneo, que empapa de sangre sus cabellos, la cosa cambia radicalmente.

Ese era el espectáculo que estaba descubriendo dentro de la habitación. El hombre, canoso, fornido y algo rubio, había sido asesinado a golpes. A sus pies yacía una figura de hierro, representado a un viejo lobo de mar, con caperuza contra el temporal. Estaba bañado en sangre. Era el arma homicida, la que aplastó el cráneo de la víctima.

Miré largamente a aquel hombre. No era difícil identificarlo. Había

visto muchas fotografías de él. Y se parecía notablemente a un hombre a quien conociera yo recientemente.

Estaba frente a frente de F.F. Del auténtico Franklyn Forrester, sin duda alguna.

Un hombre que había muerto dos veces. Un hombre cuyo cadáver estaba repetido...

TERCERA PARTE

CAPÍTULO PRIMERO

Wendy apartó una de las piezas con un suspiro. Movi6 la cabeza negativamente.

—Lo siento, jefe. No encaja. Esta pieza no entra en el puzle. Algo anda equivocado.

Miré el rompecabezas extendido sobre la mesa. Rat6n Wilby trataba de ayudarla a recomponer el puzle. Afuera, a trav6s de los ventanales, los jardines de El Rinc6n mostraban su aspecto apacible. Pero, de vez en cuando, un hombre uniformado pasaba, con su arma al cinto. Mi santuario se haba convertido en algo inexpugnable.

—Es curioso, Wendy, pero la vida real se parece, a veces, a uno de esos rompecabezas —señalé las piezas dispersas en la mesa—. Hay fragmentos que no encajan, que parecen desprenderse de la figura que uno pensaba reconstruir.

—¿Se refiere al caso Talbot?

—Me refiero a Franklyn Forrester —murmuré, irritado—. ¿Por qué estuvo estos a6os oculto, dado por muerto? ¿Por qué le identificaron sus familiares y amigos, las personas que mejor le conocían? ¿Por qué le han asesinado ahora brutalmente, no mucho antes de llegar yo a Oakland?

—Si tuviera respuesta a todo eso, jefe, estaría el caso resuelto —sonrió Wendy.

—¿Resuelto? No, no lo creo. Hay varias facetas en este feo asunto, mi querida amiga —medité en voz alta, paseando por el amplio despacho—. Alguien mata a Karin y hace desaparecer al supuesto hijo del joven Talbot, nieto, por tanto, del millonario muerto... Simultáneamente, asesinan a Franklyn Forrester, que se haba refugiado en Oakland, al frente de un mísero, oscuro, negocio de objetos marítimos... ¿Por qué esperar siete a6os para matar a Forrester? Y si él no tuvo participaci6n en la muerte del joven Jason Talbot, ¿por qué el viejo Míster Midas tuvo tanto interés en dar con el magnate, vivo o muerto? Son piezas que no encajan. Y menos aún que

Karin tuviera en su poder las señas auténticas de Forrester, en la actualidad... ¿Le arrancó esa tarjeta el asesino, partió hacia Oakland para matar a Forrester también, perdiendo la tarjeta en su precipitación, aunque recordando lo suficientemente bien las señas como para llegar sin error hasta el desaparecido magnate de las industrias conserveras?

—Eso sí parece tener sentido, Slade —ponderó Ratón Wilby, alzando su rostro conejil hacia mí—. De algún modo, debían relacionarse entre sí Karin Talbot y Forrester...

—Sí, pero, ¿por qué? ¿A causa del difunto Jason Talbot?

—¿Por qué no? —Wendy se aproximó a mí—. Eso explicaría muchas cosas...

—Y deja otras completamente a oscuras, Wendy —me quejé—. Hay un hombre que quiere matarme. Bueno, se supone que es un hombre porque usa nombre masculino, pero nadie sabe nada de él, salvo que se hace llamar míster Clanton y alquila asesinos para matar a los demás. Me pregunto si eso tiene relación con Karin, con Forrester... ¡y dónde diablos puede estar el eslabón que una todo ese enredo!

Callaron mi secretaria y mi amigo Wilby. Ambos sabían que estaba furioso, y preferían no detener mis iras. Paseé por la estancia como un tigre enjaulado, tratando de ver claro en todo aquello.

Me interrumpió el zumbador de la llamada. Pulsé un botón, y en un televisor de circuito cerrado apareció la entrada a la mansión que había convertido en una fortaleza auténtica.

La imagen me mostró al teniente Munro y a mi abogado, Eric Corman, junto con un personaje nada grato para mí: Douglas Lynne, comisionado de la ciudad de Los Ángeles. No me gustó el hecho de que, en otro coche aparcado junto a mi casa, hubiera hasta tres agentes de Homicidios que me eran desconocidos, como esperando algo. Me recordaron a los buitres, esperando la carroña. Lo malo es que yo podía ser esa carroña.

Pulsé otro resorte. La puerta electrónica comenzó a abrirse lentamente ante ellos. Disfruté, viendo su gesto de sorpresa. Sólo Eric Corman, conocedor de todos esos misterios sonreía divertido con la expresión de sus acompañantes. En el rostro del comisionado Lynne, mi enemigo mortal, se leía algo parecido a la ira y al despecho.

—Acompañen a los visitantes a mi despacho —pedí por el sistema de comunicación interior establecido con mis guardianes armados—. Digan que les estoy esperando.

—Perfectamente, señor Slade —dijo el oficial de servicio en mi residencia.

Los agentes de Homicidios se quedaron afuera, como montando guardia, tan perplejos como los demás, ante el mecanismo de la gran puerta de acceso a mi finca y la presencia de guardia personal

uniformada en el interior de los jardines. Un letrado avisaba sobre la electrificación de la segunda valla protectora, para evitar posibles imprudencias, y los policías se dedicaban a leerlo ahora, sin salir de su asombro.

Asombro que continuaba pintado en el semblante de Munro y de Lynne cuando entraron en mi sala de recepción, precedidos de dos de mis hombres, y con un sonriente e irónico Corman, cerrando la comitiva, con su maletín de ejecutivo en la mano.

—Hola, Slade —saludó secamente el teniente de Homicidios—. ¿Quién se cree que es, metido aquí ahora? ¿Harun—al—Raschid o el Presidente de Estados Unidos?

—Posiblemente el primero..., aunque me falte el harén —reí, mirando a Wendy con ironía—. Algo a lo que mi secretaria se opone, por estricto principio de moral occidental, teniente.

—Dejemos las bromas —contó fríamente el comisionado Lynne—. Teniente, ha venido usted a algo concreto, ¿no es cierto? Pues hágalo cuanto antes. Los caprichos de un loco nuevo rico no pueden sorprendernos. A fin de cuentas, esto le va a durar muy poco, Slade.

—Ya veremos —sonreí, sarcástico. Miré a Munro, sin hacer caso de Lynne—. ¿Qué ocurre, teniente? ¿Cuál es el motivo de su visita, acompañado de tan notable caballero?

—Lo siento, Slade, pero el fiscal del distrito ha resuelto procesarle como sospechoso de un delito de homicidio y rapto. No será inicialmente un juicio decisivo, pero si sale de esa vista previa como acusado oficial sería encarcelado sin fianza, y procesado luego en vista pública. Aquí tiene la citación para que comparezca a juicio previo dentro de cuatro días. No puede abandonar San Francisco, y deberá depositar una fianza de cien mil dólares...

—Muy bien —dije fríamente. Tomé la citación de manos de Munro—. Mi secretaria le entregará esa suma, contra un recibo firmado por usted, teniente, o por el representante del juez del distrito.

—Slade, espere —me avisó Corman vivamente—. No tiene por qué hablar nada en absoluto. Yo vengo como representante legal suyo, apenas he sido informado de los hechos. Aunque puedo nombrarle otros abogados, si lo desea.

—No, Corman—. Usted me trajo la fortuna. Espero que también logre mi absolución. Imagino que es la muerte de Karin Talbot la que pretenden achacarme.

—Y el secuestro del pequeño Jason Talbot segundo —añadió glacialmente el comisionado Lynne—. No crea que va a serle fácil salir de todo esto, Slade. El fiscal tiene el caso bien amarrado, y usted va a verse en graves apuros, si no logra demostrar su inocencia ante el tribunal.

—Son ellos los que han de demostrar mi culpabilidad —repliqué

fríamente—. Ya imagino que el fiscal es buen amigo suyo, Lynne. Usted hace lo imposible por aniquilarme, pero creo que no va a conseguirlo en modo alguno. Yo encontraré a los auténticos culpables, no lo dude. Y volverá a perder la partida. Especialmente, si puedo probar que el hijo de Karin no era de Jason Talbot, ni siquiera está reconocido como tal.

—Pierde el tiempo en calumniar a la gente, Slade —me desafió el comisionado—. El fiscal tiene pruebas de que el pequeño Jason es realmente el hijo reconocido legítimamente como propio por el hijo de Randolph Talbot, y eso es lo que cuenta. Va a tener que decir adiós a su dinero... y a su licencia, Slade.

—Suponiendo que no pruebe yo que alguien amañó el supuesto reconocimiento del niño —le repliqué, irónico—. Y conste que no acuso a nadie de nada... Sólo sugiero una posibilidad, honorable señor Lynne...

—Slade, si llega a insinuar alguien algo contra mi honorabilidad, yo...

—Ya basta, señor Lynne —cortó fríamente Corman—. Slade sólo está sugiriendo que alguna persona pudo falsear documentos legales. Nada más que eso. No citó a usted ni a nadie, de modo que, como comisionado de esta ciudad, puede usted ya abandonar la casa de mi cliente, si no tiene nada más que añadir a la notificación legal de procesamiento a mi defendido, el señor Slade.

—Muy bien —Lynne apretó los labios, furioso—. Nada más tengo que decir, es cierto. Pero no dude que su cliente, señor Corman, va a arrepentirse de muchas cosas no tardando mucho.

—El señor Corman dijo verdad, señor Lynne —objetó fríamente el teniente Munro, volviéndose al comisionado—. Creo usted ha cumplido ya su estricta misión oficial aquí, en su calidad política, en nombre de la ciudad de San Francisco. Lo demás es cosa del fiscal... y mía, por supuesto.

Douglas Lynne puso un gesto acre, malhumorado, y abandonó mi despacho. Munro se quedó mirándome, indeciso. Le sonreí, animoso.

—No se disculpe, teniente —dijo—. Después de todo, forma parte de su deber.

—Celebro que lo entienda, Slade —resopló el oficial de Homicidios—. No creo que usted matara a Karin Talbot, pero todo le acusa, por haber ido a su casa y por ser la persona que más beneficiada sale, en teoría, con todo este asunto.

—¿No se sabe nada del paradero o suerte del niño? —pregunté.

—No, nada —murmuró, con desaliento—. Empiezo a pensar que está ya muerto... y enterrado en alguna parte.

— Pero, ¿por qué, teniente? ¿Por qué? —indagué—. ¿Sólo para acusarme a mí?

—Ya he pensado en esa posibilidad —dijo Munro—. Creo que Karin sabía algo sobre el viejo caso Talbot. Tal vez había querido hablar... y la silenciaron. ¿Sabía usted que una mujer que responde exactamente a su descripción estuvo en San Mateo husmeando en los viejos documentos del caso Talbot? Y, precisamente, incluso revisó documentos que antiguamente, según un empleado, sólo una persona había examinado.

—¿De veras? —enarqué las cejas, sorprendido—. ¿Quién?

—Su padre, Slade. Su propio padre, el detective privado Ryan Slade senior.

Y, tras decirme esto, salió del despacho, en pos del comisionado Lynne.

* * *

—Mi propio padre... —repetí una vez más.

Eric Corman, mi abogado actual, me estudió con interés, mientras preparaba documentos para presentar mi caso en la Corte, llegado el momento.

—Yo que usted no me preocuparía de eso, Slade —me aconsejó—. Su padre murió hace ya tiempo, ¿no es cierto?

Miré a Corman, casi sin verlo, con mi mente muy lejos de allí en ese momento.

—Sí, es cierto —asentí—. Pero murió accidentalmente. Es lo que yo siempre creí. Ahora, de repente se me ocurre...

—¿Qué se le ocurre, Slade? —se intrigó el abogado más rico y famoso de California, clavando en mí su penetrante mirada.

—Se me ocurre que tal vez NO fue un accidente, como imaginó todo el mundo durante estos años... —recité despacio—. De ese modo tendríamos a Jason Talbot, al falso Forrester... y a mi padre. Tres víctimas de un mismo asunto. Talbot tenía que morir por alguna razón. Forrester quería desaparecer y dejar la convicción de que estaba muerto. Para un hombre de su fortuna, nada más fácil que encontrar un “doble”, buscar un tipo casi idéntico a él, para después matarlo y presentar su cadáver... Tenía que ser sin duda alguna, sin permitir que nadie pusiera en tela de juicio la muerte de Forrester... Por eso el cadáver no ofrecía desfiguraciones ni daños serios. Por eso la víctima tenía que parecerse al millonario.

—Pero, ¿por qué querría vivir oculto para siempre un hombre como Franklyn Forrester? —dudó Corman, ceñudo.

—No lo sé. Quizá tenía miedo de algo... y de alguien. Alguien que, al final, terminó por encontrarle, del mismo modo que Karin le había encontrado...

—Lo único que recuerdo ahora es que Forrester tuvo importante

papel en la política de la ciudad hace años —meditó Corman, pensativo—. Y que formó, con el propio Lynne, una especie de tándem para elecciones políticas que terminaron perdiendo...

—¿Eso sucedió por entonces? ¿Hace siete años? —quise saber.

—No estoy seguro, Slade —meneó la cabeza—. De cualquier modo, eso no le ayudará en su juicio previo. Si el juez dictamina que hay evidencias razonables de posible culpabilidad le procesarán con todas sus consecuencias. Tenemos que evitar eso. Si realmente cree que puede hallar al verdadero asesino de Karin Talbot, hágalo cuanto antes. Dentro de cuatro días comparecerá ante el juez y el fiscal del distrito. Si sale declarado presunto culpable de esa vista previa, pasaría directamente a prisión, sin volver aquí, a su fortaleza. De modo que lo que tenga que hacer..., ¡hágalo rápido, Slade!

—Es lo que voy a hacer —asentí—. Lo primero de todo, ir a San Mateo. Ver esos archivos que Karin y mi padre visitaron... Sé que si encuentro al culpable de la muerte de Jason Talbot y del falso Forrester, habré hallado al culpable de ahora. Que tal vez sea también el asesino de mi propio padre, Corman...

CAPÍTULO II

Estuve a punto de no llegar nunca a los archivos judiciales de San Mateo Country, a menos de quince millas de mi hacienda El Rincón.

Por tercera vez intentaron asesinarme. Y esta vez, quizá sabedores de que mi coche estaba blindado, cubriendo todo posible riesgo, esperaron justamente a que bajara del vehículo..., frente al edificio del Juzgado de Paz de San Mateo.

Apenas pisé el asfalto de la plaza, tranquila y soleada, en el bello paraje californiano, tuve el presentimiento de que la muerte andaba cerca. Creo que esa corazonada salvó mi vida...

Inmediatamente capté el movimiento tras los setos del ajardinado centro de la plaza. Algo oscuro, metálico, pavonado, brotó entre los arbustos. Me arrojé al suelo como una centella.

¡Ploc, ploc, ploc...!

El arma emitió tres disparos. Tres secos taponazos. Tres balas silenciosas zumbaron en la mañana apacible, muy cerca de mi cuerpo, tendido en tierra. De no haberme lanzado tan rápidamente al suelo, ahora esas balas estarían dentro de mi cabeza.

Saqué mi propia arma y comencé a disparar sobre los jardines. Yo no llevaba silenciador. Retumbaron los disparos ásperamente en la mañana. Sabía que esto traería complicaciones, ya que Munro me había retirado un arma y yo usaba otra, sin licencia. Pero las complicaciones me importaban un demonio, estando mi pellejo en juego.

Los estampidos atrajeron la atención de las gentes, provocaron la alarma en el quieto paraje. Noté que, por detrás de los setos, corría, agazapada, una figura. Disparé de nuevo, pero esta vez tuve que echarme otra vez a tierra, tras mi coche, porque nuevos taponazos señalaron que el emboscado agresor hacía fuego de nuevo, y su puntería era bastante buena.

Borrosamente descubrí una cabeza tapada por un sombrero y un paño oscuro, a guisa de máscara. No sé por qué, pensé inmediatamente en alguien. Una persona cuyo nombre ficticio citó Paul Daley, el rey del hampa ciudadana: Míster Clanton...

El misterioso enemigo daba la cara personalmente, por fin. Aunque ocultándola lo más posible, esta vez recurría a sus propios métodos directos, sin alquilar asesinos. Creía saber por qué.

Intenté darle caza, corriendo a través de la plazuela de San Mateo, pero cuando llegué al otro lado, no vi ni rastro del emboscado. Sin duda había salido de los jardines y, una vez desprovisto de su sombrero y máscara en cualquier sitio, podría pasar desapercibido entre el resto de la gente. Nadie le identificaría como a un fallido asesino...

Regresé lentamente al Juzgado. Subí a examinar los archivos de acontecimientos acaecidos en la pequeña localidad siete años atrás. Acontecimientos que eran motivo de varios crímenes tal vez. Acontecimientos que mi padre había buscado..., siendo muerto por un asesino con todas las apariencias de una muerte accidental.

Cuando salí del pequeño Juzgado, una idea bullía en mi mente. Una idea bastante clara sobre un viejo asunto ya archivado. Sobre algo que un hombre, al morir, quiso que yo descubriera, quizá como una jugareta del destino.

* * *

Eric Corman, mi abogado, me esperaba en las cercanías de El Rincón, parado junto a su automóvil. Al ver venir mi coche, hizo un gesto con la mano. Llevaba su maletín de ejecutivo, como siempre. Me detuve.

—¿Algo nuevo, Corman? —indagué.

—Mucho —asintió, ceñudo—. Munro tiene los detalles de la autopsia de Forrester. Era él, ciertamente. Ha sido identificado, sin lugar a dudas. Y esta vez de verdad. Pero, hay más.

—¿Y es...?

—El niño de Karin. Ha aparecido.

—Cielos... —le miré fijamente—. ¿Vivo?

—Muerto.

Quedé pensativo. Moví la cabeza despacio, afirmativamente.

—Supongo que eso dará completo mi caso al fiscal —comenté.

—Es un mal paso para nosotros —admitió Corman—. Nadie, excepto usted, se beneficia con la muerte del último Talbot. Parece que Conrad Pierce y Lynne se unirán para hundirlo.

—Suba, Corman. Ya recogerá luego su coche. ¿Vamos adentro?

—Sí, gracias —subió a mi automóvil y puso la maleta sobre sus rodillas—. Slade, ¿ha descubierto algo?

—Claro —afirmé—. Estuvieron a punto de impedirlo, pero fracasaron de nuevo, Corman. Lo he descubierto todo.

—¿Todo? —me miró, asombrado, mientras recorriamos la media milla que nos separaba de mi fortaleza—. ¿Qué quiere decir?

—Corman, la muerte de ese pobre niño, fuese o no de Talbot, lo prueba con mayor fuerza. No era el dinero de esa herencia la causa de

tanto crimen. Las causas vienen de lejos. Desde hace siete años, cuando hubo que matar a Jason Talbot porque éste había descubierto, tal vez, inconfesables secretos de cierta persona...

—¿De quién?

—De quien malversaba fondos de la familia, de quien engañaba al viejo Talbot, despojándole de mucho dinero con hábiles trucos... Tenía que ser algo así. Sólo necesitaba saber quién administraba el dinero de los Talbot por entonces, puesto que el joven Jason era un inepto en ese terreno... y por esas fechas Randolph Talbot estaba enfermo, con una trombosis de la que luego se recuperaría..., y no podía supervisar las cuentas directamente.

—¿Y ya sabe quién era su administrador?

—Sí, Corman —le miré fijamente—. Usted.

Y cuando abrió rápidamente el maletín para extraer su pistola automática con silenciador, se encontró con que ya mi revólver se hundía en sus costillas, dispuesto a vomitar la muerte si era preciso.

CAPÍTULO III

—¡Eric Corman, el abogado! —Wendy me miró atónita—. ¿Cómo era posible, jefe? Creí que era nuestro amigo, el hombre fuera de toda sospecha...

—Y así era. Lo fue durante muchos años. Rico, prestigioso... Demasiado rico, para ser sólo un buen abogado, digo yo. El dinero le venía de la fortuna expoliada, lenta y astutamente, a los Talbot, fingiendo fracasos en la Bolsa de valores. El joven Talbot lo descubrió, y quiso denunciarlo. Corman se enteró. Y utilizó a su socio para acabar con Jason Talbot y tener él coartada ese día. Su socio en negocios sucios, porque era un político deshonesto y un aprovechado sin escrúpulos..., se llamaba Franklyn Forrester. Forrester tuvo que matar a Talbot, a cambio de que Corman le ayudase a huir de una grave acusación de corrupción política que protagonizó, por entonces, junto a Douglas Lynne.

—Pero, ¿por qué matar después a su padre, jefe? ¿Por qué a Karin, a Forrester, al niño...?

—Corman no tenía ningún interés en la herencia de los Talbot, porque él se conformaba con su dinero. Al entregarme a mí esa herencia, temió que yo, como hijo de Ryan Slade, descubriese el pasado y acabara probando su culpa. Alarmado, quiso deshacerse de mí, contratando pistoleros primero. Luego, personalmente, dada la urgencia del caso, cuando supe, por Munro, que Karin estuvo en el Juzgado de San Mateo, lo mismo que mi padre hace años... Al sufrir el atentado en San Mateo, estuvo seguro de que era él. Sólo él sabía que yo iba allí. Luego me esperaba en el camino, porque intuía que yo había descubierto la verdad y tenía que matarme en el coche o en la carretera, ya que aquí lo veía imposible...

—Pero, ¿tan importante era lo de San Mateo?

—Lo fue para mi padre. Y para Karin. Allí figuraban documentos de los Talbot sobre sus bienes, riquezas y valores familiares. Allí había copia de un poder notarial entregado a Eric Corman, como administrador y agente de Bolsa exclusivo de los Talbot, para manejar el dinero durante la incapacidad del viejo Talbot... Karin había empezado a sospechar cosas, y quería hacer chantaje a Corman, porque temía por la herencia que pudiera no llegar a recibir jamás. Fue un error... legal de Jason Talbot, dando su apellido al niño de Karin. Pero eso ella no lo sabía, y estaba preocupada por si se quedaba sin un centavo. De ese modo descubrió el paradero actual de Forrester,

que, por desgracia, obligó a Corman a deshacerse de un viejo compinche, por si acaso. Karin me había informado a mí ese hecho. Lo cierto es que sólo casualmente, al perder Corman, en su fuga, esa tarjeta de Karin Talbot, encontré yo el cadáver repetido de un hombre que murió dos veces...

—Y ahora..., ¿será juzgado por esos delitos?

—Sin duda. Las pruebas son abrumadoras. Sacrificó a demasiada gente para seguir siendo rico y prestigioso. Un gran error. Un grave error, Wendy... —le guiñé afectuosamente un ojo—. A la gente le gusta el dinero.

—No a todos. A mí no me gustan los millones, jefe. Me conformo con vivir.

—Yo también. Pero no puedo deshacerme de esos millones, salvo para obras benéficas y para establecer este negocio mío actual. Pero si un día pienso pedirle que se case conmigo, Wendy..., ¿va a responderme que no, sólo porque soy millonario?

Esperaba su respuesta. No pudo dármela. Wendy se había desmayado en mis brazos.

F I N

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANIA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 20 PTAS.

